

DIARIO DE ALCALA

PRIMER DIARIO LOCAL DE LA COMUNIDAD DE MADRID



ESPECIAL REYES

Cuentos para un nuevo milenio

¿VE PERFECTAMENTE
A CUALQUIER
DISTANCIA...?

PRIMERA
OPTICOS
Atención a tu Vista.

PANORAMIC
PRIMA
by INDO

ÚLTIMA GENERACIÓN EN LENTES PROGRESIVAS

DESDE 19.950 PTS.

TOTAL GARANTÍA DE ADAPTACIÓN

• Plaza Cervantes, 25

• Manuel Azafía, 16

• Avd. Reyes Católicos, 3

• Avd. Guadalajara, 3
(Esquina plaza España)

Más de 200 centros a su servicio por todo el territorio nacional

LA OFICINA CONCERTADA DE UNIÓN FENOSA EN ALCALÁ DE HENARES

*LES AGRADECE SU CONFIANZA Y COLABORACIÓN
DESEÁNDOLES LO MEJOR PARA ESTAS FIESTAS*

UNION FENOSA
MULTISERVICIOS



Ocio y Servicios

Telecomunicaciones

Energía



**Altas de Contratos
Calefacción por Acumulación
Climatización Frío - Calor
Aumento de Potencia
Telefonía Móvil Amena
Quiero TV 
Sistemas de Seguridad
Y otros servicios Unión Fenosa**



**AHORA PUEDES SOLICITAR TODOS ESTOS PRODUCTOS
Y SERVICIOS DIRECTAMENTE EN**

**PASEO DE PASTRANA, Nº3 (Pta. del Vado) ALCALÁ DE HENARES
ABIERTO AL PÚBLICO DE LUNES a VIERNES EN HORARIO
DE 10 a 14 h. (mañanas) Y DE 17,30 a 20,30 h. (tardes)**

**NUESTRA OFICINA TELEFÓNICA A TU DISPOSICIÓN LLAMANDO A LOS TLFS.
91 882 42 75 - 91 882 01 94**

“El éxito no se mide por lo lejos que llegues sino por **CÓMO** llegues.”



Lancia Lybra. Hay personas que saben llegar lejos, porque han conseguido disfrutar del camino. Para ellos ha nacido el Lancia Lybra. Un nuevo concepto de automóvil con un equipamiento de serie ¡fuera de serie!: dirección asistida, elevalunas eléctricos, cierre centralizado, luces interiores temporizadas, inmovilizador, espejos eléctricos calefactados, climatizador “Dual Zone”, equipo completo de sonido, ABS, doble airbag y sidebag delanteros... y mil

Lancia Lybra	1.6	1.8	2.0 LX	1.9 jtd	1.9 jtd LX	2.4 jtd LX
P.V.P. Berlina*	3.095.000	3.565.000	4.085.000	3.575.000	3.890.000	4.425.000
P.V.P. SW*	—	3.715.000	—	3.725.000	—	4.575.000

* P.V.P. Península y Baleares. IVA, Impuesto de Matriculación y Transporte, incluidos. Válidos para vehículos en stock

detalles más para que pueda llegar muy lejos, disfrutando del camino.



Bienestar interior. Il Granturismo

Lidercar Dos Mil, S.A. Vía Complutense, 107. Tlf.: 918 81 40 62. Alcalá de Henares.
Méjico, 21-22 (P.I. El Balconcillo). Tlf.: 949 20 16 92. Guadalajara.

ABRIMOS SÁBADOS TARDE

Especial Reyes**TERROR DE
AÑO NUEVO**

Manuel Vicent

Enriqueta Antolín

**QUÉ SILENCIO
TAN RARO****NOCHEBUENA**

Clara Sánchez

José Machado

**PROVERBIOS,
5.20****FALSOS
RETRATOS**

Fernando G. Delgado

Jesús Ferrero

**EL CONVIDADO
DE HIELO****EL
PASTOR**

Álex Grijelmo

Luis G. Martín

**LOS AMORES DEL
REY BALTASAR****UNA CAMPAÑA
DE NAVIDAD**

Gustavo Martín Garzo

Bernardo Atxaga

**DESCRIPCIÓN
DE UN BELÉN****EL
RELOJ**

Benjamín Prado

CONTINENTAL-AUTO

Líneas Regulares de Transportes de Viajeros
Al Servicio de Alcalá de Henares desde 1924



Feliz Año 2001

Servicios regulares de transporte de viajeros de Alcalá de Henares a:
Madrid, Torrejón de Ardoz, Guadalajara y Soria.
A través de **B-G** Enlaces diarios desde Madrid hacia Granada-Motril-Almuñécar
Avda. de Guadalajara, 5. Tel. 91 888 16 22 **Adquiera su billete por teléfono: 902 330 400**

CONTINENTAL-AUTO
Algo más que salir y llegar

Especial Reyes

RELATOS
DE NAVIDAD

El brillo de los escaparates navideños se empaña con el aliento de los que pasan las fiestas como el resto del año: en la calle y sin turrón. Pero, ¿qué sucedería si de repente no existiese ninguna de estas personas que cargan nuestra conciencia? ¿Cómo serían unas Navidades en las que los pobres fueran desapareciendo poco a poco, para dejarnos disfrutar del cava y de los regalos sin remordimientos?

Terror de año nuevo

por Manuel
Vicent

A las tres de la madrugada, cuando el sueño de la ciudad era más placentero, en una esquina de Serrano se produjo la primera explosión, que conmovió las raíces de una manzana entera e hizo trepidar todos los cristales en un radio de medio kilómetro. La onda expansiva fue tan violenta que en algunas mesillas de noche tintinearon también las dentaduras postizas dentro del vaso de agua, y muchas copas, sopas y cuberterías de plata se estremecieron en las vitrinas de la buena sociedad. A la detonación siguió un silencio absoluto. Pero de pronto se oyeron voces en la calle, golpes de persiana, coches que frenaban en seco, y detrás de las ventanas aparecieron sucesivas siluetas de burgueses en pijama con la mosca en la oreja. Algunos habitantes del barrio de Salamanca se felicitaron el año nuevo así, desde los balcones.

*Ha sido una bomba *dijo un coronel retirado, que parecía experto en explosivos.

*¿Dónde ha sonado esta vez?

*Las ambulancias van hacia Alcalá.

*Ni las personas decentes podemos ya dormir tranquilas *exclamó una mujer llena de ira con el abrigo de pantera encima del camión.

*Hace falta mucho paredón, señora.

*Eso.

*Sólo así podremos dormir como antes *comentó el coronel retirado.

El acto terrorista había acaecido cerca de la plaza de Colón, y en esa dirección iban ahora, rayando la oscuridad, distintas sirenas de la policía. Bajo las ráfagas azules de

cuatro furgones en corro, el público que salió precipitadamente de una sala de fiestas pudo contemplar este espectáculo: contra la fachada se veía un retablo de sangre estampada, en la acera había quedado un zapato calzando todavía un pie rebanado por el tobillo, la base de un mirador estaba salpicada con grumos de encéfalo, y medio pantalón de hombre, con el interior rebosante de vísceras, colgaba de una marquesina. El resto de la víctima se había esfumado por el hueco del estallido. Unos guardias con blindaje de hule se pusieron a recoger vísceras con pala, mientras los artificieros por su lado realizaban pruebas sobre el terreno.

El atentado parecía muy raro a simple vista. Un zambombazo de ese calibre tenía forzosamente que haber derribado un bloque de pisos; sin embargo, alrededor de aquel pobre diablo destripado no pudo observarse ningún daño en las cosas. Incluso el escaparate más próximo estaba intacto, con las maniquíes calvas e ilesas. No había señales de pólvora, amonal, Goma 2 o dinamita y tampoco olía a nada chamuscado, sino sólo a carne palpitante. Alguien dijo que el terrorista se había convertido en su propio verdugo al estallarle el artefacto

dentro del abrigo cuando lo transportaba al lugar del crimen. Había sucedido en otras ocasiones, pero esta vez no era así. Se trataba de una explosión sin química, matemáticamente pura, de algo nuevo en el mercado del terror.

El día siguiente amaneció bajo un anticiclón limpio como el ojo de un pez y a media mañana, en la calle de Serrano, se había extasiado un bullicio de madres selectas acompañadas de hijas púberes y paquetes con lazos; de caballeros finos que también iban de compras y en las tiendas de estilo se debatía un fragor de regalos, besamanos, talonarios y sonrisas. Los periódicos traían la noticia de una ola de atentados, ilustrada por una breve literatura de receta. Durante la noche se habían producido otras explosiones en algunas capitales de provincia, y cada descarga había desintegrado a un sujeto desconocido. No era nada alarmante. El hombre moderno tiene la conciencia unida directamente a la dinamita y ha aprendido a comportarse dignamente en medio de las fuerzas del mal que acechan en la penumbra.

*¿Quieres otra orquídea? *se oía decir a un caballero en una floristería de Serrano.

*Oh, qué encanto *exclamaba una mujer perfumadísima.

*Es para que me recuerdes sólo unos días.

*Eres un cielo.

En la calle de Serrano, los verdaderos señores aún regalaban orquídeas a sus amantes, las joyerías centelleaban pruebas de amor de muchos quilates, en la calzada había Mercedes estacionados en segunda



LUIS FERNANDO AGUIRRE

“ Alguien dijo que el terrorista se había
convertido en su propio verdugo al
estallarle el artefacto dentro del abrigo ”



**MITSUBISHI
MOTORS**

**MMCE RETAIL S.A CONCESIONARIO OFICIAL DE MITSUBISHI
MOTORS EN ESPAÑA**



*Feliz Navidad y
Próspero Año 2001*



MMCE MADRID-ALCALÁ Av.Complutense, 117. Alcalá de Henares. Tel. 91 878 74 97 / 75 42
MMCE MADRID-SAN FERNANDO Av.Castilla, 12 A. Antg Crta N-II, km 17,855. S.Fernando de Henares. Tel 91 678 09 33



Especial Reyes

fila con mecánicos de uniforme, y cada cien pasos en la acera se veía un bulto sentado en el suelo pidiendo limosna. Era un paisaje de gran calidad en una mañana radiante. Las mendigas tenían un niño anestesiado entre los muslos cubiertos de refajos, otros pobres exhibían un cartel con argumentos laborales que movían el corazón, y algunos obreros en paro se habían limitado a extender una toalla de caridad a sus pies y a permanecer en silencio con la mirada fija en la recaudación. Todo estaba en regla a las doce y cuarto del día. De repente, en el cruce de Goya, en medio de aquel rigodón de consumo, se produjo una terrible explosión que aflojó el esfínter de los ciudadanos en un kilómetro a la redonda e hizo temblar los cimientos del barrio. Se oyeron gritos de auxilio, se vio una estampida de peatones desbocados en varios sentidos, y en el primer momento nadie sabía lo que había pasado, pero la gente daba alaridos.

*¡Criminales!, ¡criminales!

*Han puesto otra bomba.

*¡Asesinos!

*Hay un muerto y mucha sangre.

*¿Dónde?

El artefacto había estallado en la puerta de un banco, en el sitio exacto que había elegido un parado para hacer una colecta, y la desgracia tenía las mismas características que el atentado de la noche anterior. Por allí se veían residuos menores de un ser

*¿Qué pasa con los mendigos?

*Están estallando todos *gritaba aquel testigo cojo.

Era la cosa más absurda que nadie había oído jamás. Aquel caballero, rodeado de gente, le juraba a un guardia que el mendigo de la esquina se había convertido en una bomba humana ante sus ojos. Iba a echarle una moneda de cien en la gorra, y en ese instante observó con espanto que el hombre se hinchaba como un globo, se ponía morado hasta coger el color de una lombarda y dentro de la ropa se le oía un crujido de huesos, algo semejante a un murmullo de tejidos. Quiso preguntarle si se sentía mal, pero no tuvo tiempo, porque súbitamente estalló en pedazos con un sonido terrible.

Un rumor insólito se extendió por gran parte de la ciudad, aunque en seguida se pensó en una organización terrorista. El hombre moderno se ha acostumbrado a convivir con la dinamita y es capaz de digerir cualquier clase de maldad, siempre que no le rompa los esquemas. Estaba claro que esa ola de atentados respondía a un plan programado para año nuevo por las fuerzas ocultas. ¿Qué pasaba ahora? En la calle Serrano hacía un día espléndido, se había derramado hasta entonces un sol amoroso sobre la ternura navideña en un ambiente de fraternidad monetaria. Resultaba muy difícil aceptar que los obreros en paro, los pobres del suburbio y los mendigos galdosianos

“ Aquel caballero, rodeado de gente, le juraba a un guardia que el mendigo de la esquina se había convertido en una bomba humana ante sus ojos ”

anónimo despanzurrado contra el zócalo, sin señales de pólvora, pero esta vez algunos transeúntes habían resultado heridos, aunque de poca importancia. A una señora se le había incrustado una moneda de cinco duros en la pantorrilla, la chapa de un automóvil aparecía taladrada con una ráfaga de calderilla y una peseta disparada, después de perforar la zamarra de cordero, se había alojado entre las costillas de un marroquí que vendía sortijas y relojes. Llegaron coches de la policía con sus cantos de búho, los guardias trataron de desviar el tráfico en medio de un clamor de bocinas y una ambulancia vino saltando por encima del atasco hacia el lugar del siniestro. Muchos curiosos se santiguaban ante la carnicería.

Los artificieros no habían tenido tiempo de ponerse los guantes todavía. En ese momento, otra descarga espectacular sonó dos manzanas más arriba y un nuevo cono de sangre con harapos saltó hacia los aledoros. El estruendo fue acompañado por un viento ardoroso que se llevó por delante los toldos de algunos comercios y abatió la jaula de un canario desde una terraza. Entonces comenzó a cundir el pánico. Esta vez el accidente también se había producido a los pies de un pobre, que pedía limosna. El dependiente de una floristería lo había visto con toda claridad. Aquel menesteroso se encontraba sentado en la acera, tenía la mano tendida y no hacía absolutamente nada. De pronto algo tremendo reventó bajo la manta que lo cubría y el tipo se fulminó en el aire por un soplo de dinero en metálico. El público pedía venganza contra los asesinos, pero cinco minutos después se escuchó otra formidable detonación en la encrucijada de la calle de Hermosilla y ahora bajaba un caballero cojo gritando:

*¡Son ellos! ¡Son ellos!

*¿A quién se refiere usted? *le preguntó un guardia en medio de un corro de peatones.

*A los mendigos.

que adornaban la acera hubieran tramado una rebelión conjunta. Y menos aún que hubieran decidido sacrificarse a sí mismos en forma de cuerpos explosivos para sembrar el terror entre gente tan pacífica.

*¡Eh, usted! *gritó el guardia.

*¿Es a mí? *preguntó un tipo con mala pinta.

*Ponga las manos en la pared.

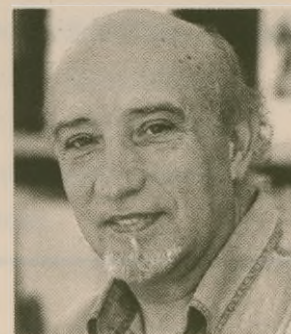
*No llevo nada encima *exclamó el portador.

*Ahora se verá.

Los guardias habían recibido la orden de detener a cualquier sospechoso. A las dos de la tarde, después de siete explosiones seguidas, los únicos que inspiraban recelo, según declaraban los testigos, eran esos sujetos desconocidos, tal vez disfrazados de mendigos, que imploraban caridad sentados en el suelo. El guardia se puso a cachear a aquel tipo con palmadas en toda la silueta, tentándole a conciencia las ingles sobre todo, y el corro de curiosos acertó a leer todavía un cartel clavado en un palo donde se decía que ese joven acababa de salir de la cárcel y pedía trabajo. Estaba de espaldas, con los brazos en alto, a merced de la autoridad, cuando las alas de su chaqueta comenzaron a inflarse de viento. Entonces, un seco estallido, nacido del vientre, creó un vacío sangriento alrededor, y parte del público fue arrojado contra la fachada de enfrente, el policía cayó en medio de la calzada, una rociada de calderilla perforó algunas persianas, el mendigo excarcelario se desintegró, y las paredes del barrio, las cucharillas de los bares y la pelvis de los ciudadanos en un kilómetro a la redonda vibraron como siempre.

A la hora del crepúsculo, la ciudad estaba casi desierta, y por la calle se veían muchos guardias blindados, especialistas en explosivos, que rastreaban el distrito del centro con aparatos de detectar minas. Trataban de desactivar a los mendigos y a los obreros en paro, sin resultado alguno. La noticia se

MANUEL VICENT



Manuel Vicent ha sido galardonado con el Premio Alfaguara por la novela *Pascua y naranjas*, y Premio Nadal por *Balada de Caín*. Es columnista habitual del diario *El País*.

BIOGRAFÍA

Es licenciado en Derecho y estudió Filosofía y Letras y Periodismo. Compaginó al principio su trabajo literario de escritor y periodista con el de galerista de arte.

Ha publicado otras novelas, entre las que destacan *El anarquista coronado de adelfas*, *Ángeles o neófitos*, *Tranvía a la Malvarrosa* y *Jardín de Villa Valeria*, y la obra de teatro *Cabaret político*, en colaboración con Carlos Luis Álvarez, Cándido, y Francisco Umbral. También ha editado *Contra paraíso*, *A favor del placer*, *Crónicas urbanas*, *Del café Gijón a Itacay* y el libro de viajes *Por la ruta de la memoria*. También es autor de *Los mejores relatos* y la recopilación de artículos *Las horas paganas*.

había confirmado. Los pobres no traían ningún cartucho en el bolsillo. Sólo estallaban por sí mismos, en un zambombazo puro, sin más química, aunque se ignoraba el motivo o la clase de fulminante que los convertía en una bomba. Fue una tarde muy desolada, llena de sonidos de una extraña artillería. Los comercios echaron el cierre dos horas antes, y los ciudadanos rezagados se dirigieron a buen paso hacia casa.

*Una limosna, por el amor de Dios.

*Quite, quite.

*Que no he comido en dos días.

*Qué horror. No se me acerque.

Nadie se atrevió a bajar la ventanilla en el semáforo, si un ser humilde, con orejas de perro pachón, abordaba el coche para pedir algo. Pero después el cuadro aún fue más patético. En el silencio de la noche, incluso durante el sueño, en el espacio de Madrid se oyeron descargas profundas y lejanas, con una cadencia de cinco minutos, hasta el amanecer. Mucha gente había subido a las azoteas, y desde allí, en distintos puntos de la ciudad, se podían ver unas luces secas, que se levantaban en la oscuridad, seguidas de un trueno. Una mujer desmesurada gritó en un balcón.

*¡Están estallando todos los pobres de España!

*¿Qué dice usted?

*Lo acaba de dar la radio.

A la hora de las estrellas, la radio decía que se estaban produciendo más explosiones en capitales de provincia, y los comentaristas hacían crónicas de urgencia sobre el caso. Entre pobres de pedir, mendigos clásicos y obreros en paro, había en el país un arsenal de dos millones de bombas activadas. No se sabía si iban a reventar todas por simpatía o si la cadena de descargas humanas se cortaría de repente. La radio transmitió una orden de la autoridad. Hasta que la situación no fuera dominada, quedaba prohibido dar limosnas, porque cualquier moneda podía convertirse en metralla. La gente esperó con ansiedad la salida del sol para comprobar si los pobres seguían estallando.



FELIZ AÑO

2001

CLIO RENAULT SPORT V6

LES DESEA

RENAULT - AUTOCARPE


RENAULT

ZINK

soluciones creativas

Diseño, producción y distribución de muy diversos soportes publicitarios

Seguimiento continuado de las actividades publicitarias
de nuestros clientes

Organización de eventos

Planificación y compra de espacios en
los medios

Asesoría de comunicación y
marketing

Servicios de gabinete de prensa

Desarrollo de campañas de
publicidad

Diseño de imagen
corporativa



Exclusiva de publicidad Diario de Alcalá

Pza. de Navarra, 3 · 28804 Alcalá de Henares

Teléfono: 91 889 41 62 Fax: 91 889 51 15



SANEAMIENTO Y CONSTRUCCIÓN, S.A.

Agustín Sánchez

Le ofrece:

Todo lo que usted necesita para:



Embellecer su jardín y fachada



Equipar y mantener su piscina



Amueblar y adornar
su baño y cocina



Todo para crear un clima de bienestar en su hogar

Visítenos en:

Pº de los Curas, 25 · Tfno.: 91 888 05 15 · 28803 Alcalá de Henares
San José · Tfno.: 91 882 69 58 · 28803 Alcalá de Henares

Especial Reyes

RELATOS
DE NAVIDAD

Callar a tiempo habría bastado para no amargar las fiestas a un niño. Pero el silencio se interrumpe por algo más dramático que simples palabras: por ingenuos villancicos que, sin embargo, hablan sobre la finitud del tiempo. Y que transmiten el mensaje de que nada es eterno, que los días felices también se acaban, que los sueños pueden pasar de largo sin cumplirse y que la inocencia infantil no dura para siempre.

Qué silencio tan raro

por Enriqueta Antolín

Le dije: no le cantes eso, padre. No se lo cantes, por favor. Mi hija me miró. No debió de darse cuenta del temblor de mis manos ni de que la venilla que se me hincha en la sien izquierda en los malos momentos estaba a punto de reventar. Porque si se hubiera dado cuenta no habría vuelto tan aprisa la mirada al abuelo recién llegado ni se habría desentendido de mi angustia tan pronto. Digo yo.

Mi padre sí que tuvo que saber a qué me refiero cuando hablo de canciones prohibidas. Espero que no dude que soy capaz de todo, que ya no soy el niño del que se avergonzaba. Espero que no haga tonterías, que no me menosprecie, que me haga caso, que por una sola vez me tome en serio. Nunca me tomó en serio mi padre. Si me oyera mi hermana diría, como siempre, que soy un obseso. A las pruebas me remito.

Claro que la culpa la tengo yo. Llevo años negándome a invitar al viejo a pasar las fiestas con nosotros, aguantando indirectas y directas del resto de la familia. Es cierto que llegamos a un acuerdo para que él no se encontrara solo en fechas tan señaladas, como dice mi cuñado que es un cursi, y yo no cumplo. Busco excusas: un embarazo cierto de mi mujer, un aborto inventado, hasta un viaje a la Polinesia con una criatura de meses en los brazos he llegado a emprender con tal de evitar lo que ahora, por un momento de flojera del que nunca me arrepentiré bastante, he permitido. Ciento que esta vez los que se han sacado de la manga artrosis galopantes y negocios en días festivos han sido ellos, los que llevan años acarreado el fardo que yo me he negado siempre a echar sobre mis hombros, por usar la expresión con la que suelen reprocharme mi dejadez. Y no es justo, lo admito, que les acuse ni de mala leche ni de incompreensión. Debería explicárselo, eso me digo a veces: pero sé que no lo haré. No podrían entenderlo, pensarían, y lo comprendo, que estoy de cachondeo. No me pega, esa historia no me pega ni con cola, se parten de risa, vamos. O, peor todavía: creerían que les estoy tomando el pelo.

Lo piensan muchas veces, sé bien lo que me digo. O soy muy susceptible o soy más raro que un botijo sin asa y el que lleva la razón es mi padre, que ya opinaba eso de mí cuando yo era sólo un crío. Tendría gracia que después de pasarme la vida intentando no ser como era para ser como todos, ahora viniéramos a concluir que yo mismo me acuso de esa debilidad que me llevaba a esconderme de los chicos del barrio para que no me tomaran por lo que no soy y a huir de las chicas para que no me hicieran sufrir. Tendría gracia, sí, que a estas alturas de la vida y a pesar de todos mis intentos de cambiar, siga siendo un romántico.

Pero qué digo. Ya me estoy imaginando la cara de incredulidad de mis subordinados si se me ocurriera confesarles mi punto flaco. Ya les veo imitándome en poses de doliente, recitando un poema con los ojos en blanco. Venancio, sobre todo; se tiene muy creído que es gracioso y a mí lo que me parece es un payaso. Tu confundes la velocidad con el tocino, le dije un día en que tuve que llamarle a mi despacho para echarle una bronca por falta de respeto. Les invitas para celebrar tu



LUIS FERNANDO AGUIRRE

ascenso y se creen que ya van a comer en tu plato, a ver si no a cuento de qué vino aquel tono confianzudo, venga macho, a por ellos, me dijo, señalando hacia el área de dirección. Por eso le llamé cuando ya no quedaban restos de las patatas fritas y las cervezas que pedí en el bar. Le obligué a esperar antes de hacerle entrar a mi nuevo despacho y el tío no se olía nada, tan tranquilo como siempre, muy colega, eso sí, pues no va y me pregunta que si puede sentarse cuando ya estaba sentado, ahí no estuve bien, tenía que haber sido más severo y no me salió, joder, lo mismo que no me salió cantar a mi cuñado las cuatro verdades. Si no invito a mi padre en Navidad es cosa mía, tendría que haberle dicho, tengo mis razones que no voy a ir pregonando, ya le invito otras veces, a ver quién le ha pagado un viaje a Tenerife con la tercera edad, a ver quién se le ha llevado a ver las procesiones de Cuenca, yo, sin ir mas lejos, y te juro que las procesiones me dan escalofríos y que más me hubiera largarme por ahí yo solo, que mira que echo de menos aquellos viajes que me hicieron tan feliz en otros tiempos, en trenes y en autobuses, entre desconocidos, viajes nocturnos sobre todo, los túneles me encantan en la noche, el traqueteo que parece que te habla y ese estar y no estar en ningún sitio, y luego aquella vez que una muchacha pasó junto a mí camino del bar y yo, aunque sólo la había visto de espaldas la seguí, atrapado por el vaivén de sus caderas y luego, cuando se dio la vuelta, era como no se puede contar porque nadie te cree, no bella, sino como uno soñó siempre a la mujer, y qué forma de mirar y ese no saber si estaba diciendo me gustas mucho o por qué no te largas de una vez, ese no definirse tan de hembra a la antigua con lo joven que era, esa sabiduría o esa torpeza, quién lo sabe, yo no, por supuesto, yo veía mi sombra en el cristal recortada

contra la noche y no me reconocía. Un rey tenía tres hijas, tres hijas como la plata, y la más chiquirritina Delgadina se llamaba, entero la recité el romance, yo tengo buena voz para cantar bajito pero ya empezaba a sentirme un poco ridículo ante su mirada impasible y aquel rictus que tanto podía ser de guasa como de encantamiento cuando se puso en pie como una reina y se echó a caminar por los pasillos y yo detrás y ella sin volver la cabeza y qué largo era el tren y qué vacío, y ella apenas habló pero se sonreía, no me sonreía, se sonreía, y cuando acabó todo me pasó muy despacio la mano por la frente y me borró cualquier rastro de arrugas, luego dejó escapar un dedo juguetón a las orejas y después a los labios y yo saqué la lengua y lamí su mano como un perro sediento y ya llegábamos a una estación vacía en el amanecer y no fui capaz ni de leer el nombre que anunciaba el lugar en el que la perdí.

Qué tiempos.

No quiero obsesionarme, voy a ver si cuelgo las guimaldas, este año es mucha fiesta porque viene el abuelo, grita mi niña, hay que ver cuánto le quiere, para que luego digan los sociólogos que la familia se hunde, no será la mía, iba a añadir qué más quisiera yo, pero tampoco es eso, en fin, de cualquier modo lo de mi padre no se lo perdono a Margarita, pero si has sido tú quien ha dicho que este año podíamos invitar al abuelo, me dijo cuando se lo reproché, y es verdad, pero ya debería conocerme mejor, ya es hora, digo yo, de que alguien me entienda. Ella le llama abuelo pero yo nunca he podido, siempre le digo padre y fue mi mujer quien tuvo que enseñarle a la niña esa palabra tan bonita, eso le decía, el papá de papá es el a-bu-e-li-to, delectreaba, ¿a que es bonito?, y yo veo a mi hija atropellarse hacia la puerta cuando oye el bastón y acercarle las zapatillas y colgarle la gorra y sé que lo

que siento es rencor y es envidia aunque no me atreva a confesármelo ni a mí mismo. Pero así es, no soporto los ojos crueles que buscan los míos inútilmente, esa mirada de águila que otea por encima de la cabeza de mi hija para clavarse en mí como cuando era niño y él me quería hombre, esos ojos que no aprueban ni mis rizos de entonces ni mi calva incipiente de ahora. Abuelito, abuelito, ven. Si ella supiera.

Me gusta estar aquí, pegado al techo como las moscas de mi infancia, o como esa araña que me mira aterrada desde la lámpara sin saber que no tiene nada que temer de mí, nunca tuvieron nada que temer de mis manos infantiles ni arañas ni lagartijas ni gatos callejeros, yo era el que llevaba agua a la ortigas en las tardes ardientes del verano y desmigaba el pan de la merienda sobre los hormigueros, un ojo en el ir y venir de los insectos y otro en la sombra severa y siempre vigilante, helado de pronto por el trueno que llega desde las alturas, derribado del caballo como el Saulo de la historia sagrada, se puede saber qué tonterías estás haciendo, y yo, nada, padre, que se me ha perdido un botón, arrancándome de cuajo uno de la chaqueta para poder justificarme. Y él mirándome, castigándome sin levantar la mano, y yo cada vez más insignificante, más poquita cosa.

Prohibido soñar. Lo escribí en la pizarra y cuando escuché las risas a mis espaldas ya era tarde. Doña Herminia había entrado en la clase y me mandó a mi sitio sin dejarme borrar lo que había escrito. Recuerdo los codazos y los mummulos de mis compañeros decepcionados porque no me castigaban, los niños son así, tienen muy mala uva por más que nos empeñemos en que son angelitos. También recuerdo que yo no los veía. Miraba a la maestra que me miraba a mí y todavía hoy estaría dispuesto a jurar que tenía lágrimas en los ojos. Yo veía aquel brillo y descubría asombrado que su vestido negro y el moño sobre la nuca eran sólo el disfraz de una muchacha a la que la vida había negado la esperanza. La amé desde aquel día y muchas mañanas madrugué para llegar a la escuela antes que nadie y escribir muy deprisa con la tiza algo bonito por verla sonreír cuando lo descubriera, el nombre de un pájaro, de una flor o de una fruta. Dátil, por ejemplo, la gustó mucho.

Desde entonces conservo la manía de coleccionar palabras.

Qué habrá sido de ella.

Cuando nació mi hija quise llamarla Herminia y mi mujer casi me pega, que si estaba loco, que la criatura se llamaría Gema y que no hay más que hablar, que si es que yo quería hacerla una desgraciada con ese nombre de abuela... En fin, el tiempo me ha dado la razón, ocho Gemas hay en mi clase, se quejó la niña el otro día, y la profesora me llama por el apellido y a mí no me gusta que me llame Gurriato, lloriqueaba.

Mi hija es clavada a mí. Su madre no sabía qué decirle y yo me la senté en las rodillas y le conté que gurriato significa gorrón y que un gorrón es mil veces más precioso que una gema y que ese iba a ser su gran secreto y que cuando fuera mayor y escribiera cuentos podría firmarlos solo con su apellido, Gurriato, la famosa escritora, dirían todos, y ya se reía y luego se fue por el pasillo dando brinquetes de pajarillo como yo le había enseñado a hacer, mi gurmatita adorada, con mis propias manos ahogaría a cualquiera que me la hiciera daño.

Por cierto, qué pasa en la cocina. cómo es que la niña no acude a ver el techo cubierto de estrellas y guimaldas, por qué no viene a ayudarme, por qué tanto silencio. No quiero ni pensar que mi padre no me haya hecho caso y que al fin le haya cantado el mismo villancico que me cantó a mí en un día como éste, una fecha recordada día a día, como una maldición. Era un cuento triste que contaba mi historia, aquel niño feliz que oyó cantar a los pastores de su casa, la Nochebuena se viene la Nochebuena se va y nosotros nos iremos y no volveremos más, y a ese niño ya siempre le amargaría el turrón, y el mazapán se le haría un nudo en la boca del estómago. Cómo pudo cantarme mi padre esa canción conociéndome como me conocía, sabiendo que de un manotazo me amargaba las navidades de toda mi vida.

Nunca se lo he podido perdonar y él lo sabe. Por eso prefiero creer que mi niña no está ahora mismo llorando inconsolable en la cocina. Bajo despacio de la escalera y voy a ver y ojalá me equivoque. Porque como se lo haya cantado, por estas, que son cruces, que lo mato.

ENRIQUETA ANTOLÍN



Enriqueta Antolín ha ejercido como crítica literaria y, como escritora, ha recibido el Premio Nacional a la mejor primera novela publicada en 1992 por su obra *La gata con alas*.

BIOGRAFÍA

Nació en Palencia en 1941, vivió su adolescencia en Toledo y después se trasladó a Madrid. Entró en el mundo editorial en 1989 con el relato *La fiesta ha sido un éxito*.

Enriqueta Antolín ha ejercido diversas facetas dentro del mundo literario. Ha trabajado como crítica y ha escrito libros para todo tipo de públicos: desde los adultos hasta los más pequeños. Quizá por esta dedicación al público infantil el lenguaje de su obra está impregnado de sencillez y naturalidad. Destaca, en su trayectoria, la publicación de unas hermosas conversaciones con Francisco Ayala, *Ayala sin olvidos*.

Su primera novela, *La gata con alas*, recibió un reconocimiento por parte de la diputación de Oviedo, que le hizo entrega del Premio Tigre Juan a la mejor primera novela publicada en España. Crítica, conversadora y novelista, la autora de *La gata con alas* colabora habitualmente en *El País* y participa también en el programa *A vivir que son dos días*, de la cadena SER.

En 1992 publicó su primera novela, *La gata con alas*, a la que sigue *Regiones devastadas*, que narra una historia ambientada en el Toledo de los años 50, y, más adelante, *Mujer de aire*. El público infantil y juvenil también cuenta con un hueco en la obra de Enriqueta Antolín. Prueba de ello son sus publicaciones *Kris y el verano del piano* y *Kris y su panda en la selva*.

Gran variedad en vehículos de ocasión. ¡¡ Pruébelos !!

CONCECAR

CONCESIONARIO OFICIAL ALFA ROMEO



nuevo Alfa 156

28850 San Fernando (Torrejón)
Avda. Castilla 12-B
Telf.: 91 676 88 11 / 676 88 93

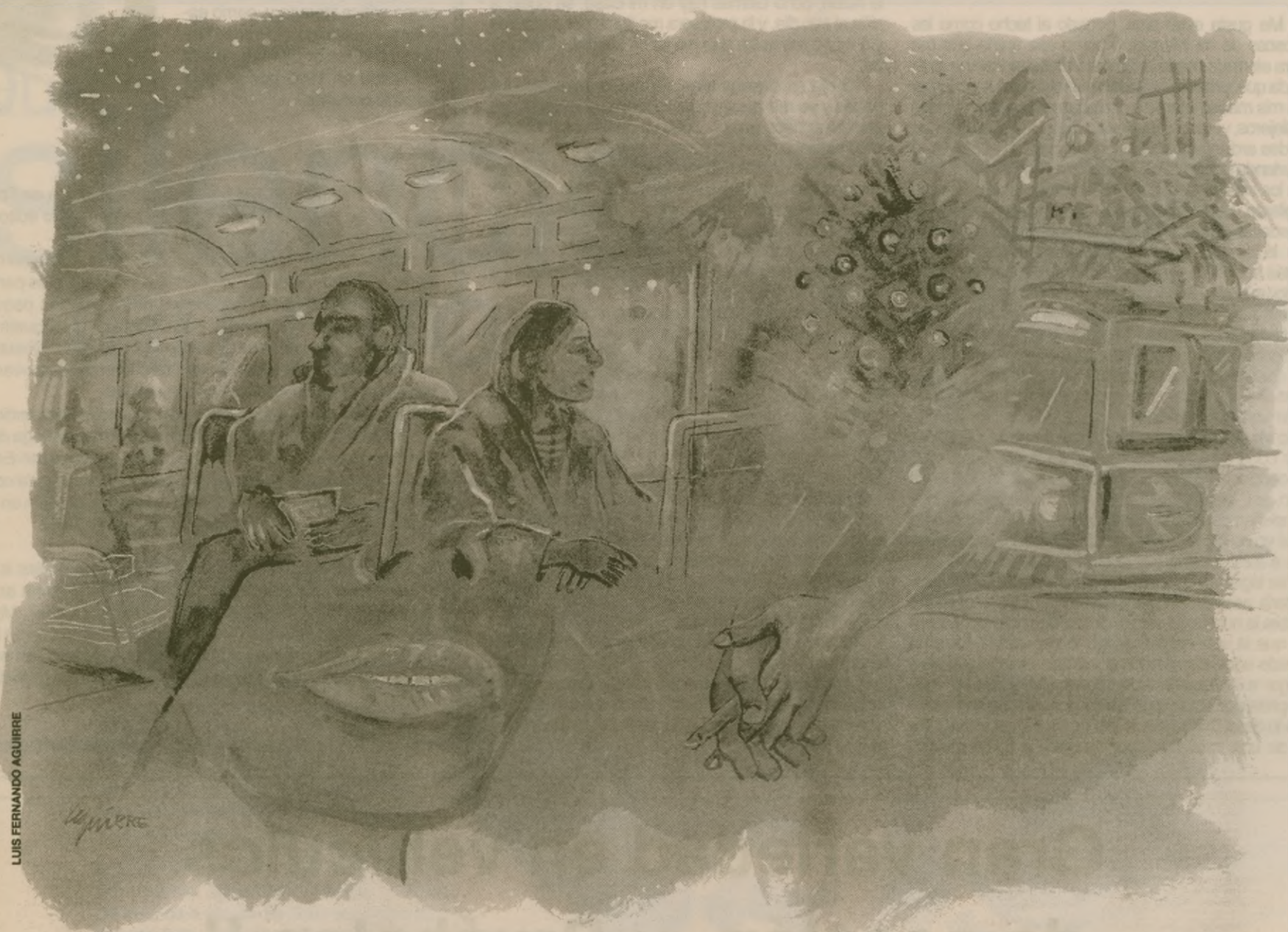
19004 Guadalajara
Avda. Castilla 12-B
Telf.: 91 676 88 11 / 676 88 93

28805 Alcalá de Henares
Vía Complutense
Telf.: 91 882 25 44 / 880 62 00

Especial Reyes

RELATOS
DE NAVIDAD

Dos desconocidos en un tren de cercanías. Una fecha señalada: Nochebuena. Un encuentro y una despedida en tan sólo unos minutos de trayecto. El tiempo parece detenerse, se olvidan las prisas de las celebraciones y se entienden los silencios. El deseo de no estar solo, la necesidad de hallarnos en la mirada de otro, inundan este viaje nostálgico desde los sueños hasta la realidad más cotidiana.



LUIS FERNANDO AGUIRRE

Nochebuena

por Clara Sánchez

Una voz dijo a mi espalda:
-Me gustaría estar contigo. Esta noche.
Ahora.
Tras una pausa se rió un poco, sin estridencia, en la intimidad, como entre sábanas.

El tren se precipitaba hacia la luna llena. Algunos pasajeros se habían quitado los abrigos y leían el periódico. A otros nos adormecía el brillo de las estrellas y las luces de los pueblos pasando por la oscuridad. En las estaciones adornaban un abeto solitarias bombillas de colores.

La voz suspiró y sentí el suspiro en la nuca.

-Dime qué puedo hacer -dijo.

Y añadió:

-Yo también

Estas últimas palabras me intrigaron mucho. Yo también ¿qué? ¿También te quiero? ¿También me aguantas? ¿También sufro? ¿También me estoy cansando?

No éramos tantos los que llegábamos a esta altura del viaje. La mayoría de los viajeros habían ido bajando con paquetes y regalos en los brazos y algunos con una copa de más en los pueblos de la sierra más cercanos a Madrid. Ya habían comenzado las continuas celebraciones que obligaban a estar medio achispado todo el día, de modo que uno o dos continuaban cantando por

lo bajo como si no fueran capaces de dar por concluida la farra y otros habían dormitado en un extraño sopor hasta que internamente se habían despertado en su parada y habían descendido medio sonámbulos hasta el andén desierto. Así que los vagones se habían ido vaciando y ahora la noche se cernía sobre este vacío y se hacía tan inmensa que entonces los pocos que quedábamos parecía que vagásemos por un espacio tenebroso en una cápsula iluminada. Las sombras en todas las formas posibles rozaban las ventanillas, pero escapábamos de ellas en dirección a la luna.

En el buen tiempo, cuando la claridad del día se alarga hacia la noche e invade su horario, aún llegaba a casa con sol. Mis hijos estaban bañándose en la piscina y jugando en el césped con otros niños del vecindario. La música que salía de algún chalet de los que bordean la piscina me daba la bienvenida a la paz, a la continuidad. Anunciaba que no había ocurrido nada malo en mi ausencia, todo lo contrario, que mi vida aquí había seguido su curso sin mí, mientras que trabajaba en la oficina.

Si mi marido no estaba de viaje, iba a buscarme a la oficina en coche y entonces el regreso era distinto, más rápido, casi imperceptible. La velocidad del tráfico contrario iba consumiendo el camino, se podría decir que nos conducía en volandas a nuestro destino. Pero esto era excepcional, casi siempre regresaba en el tren de cer-

canías, y procuraba meterme en el primer vagón, que era el que más próximo quedaba a la salida y, si podía, me sentaba junto a la segunda ventanilla de la derecha y no me importaba en absoluto no hacer nada hasta que llegaba a mi remota estación, la penúltima del recorrido.

Pensaba que disponía de dos horas para dar los últimos toques a la cena, que ya habría dejado preparada la asistenta, vestir a los niños y vestirme yo, total para recibir a mis padres, a mis hermanos y a mi cuñada. Pedro, mi marido, me diría que estaba muy guapa y yo también a él. Pero en el fondo siempre me había parecido un derroche de energía montar la escenografía de Nochebuena. Era ridículo que los que nos conocíamos tan bien tuviésemos que vernos vestidos como si fuésemos otros y en una casa que casi no parecía la nuestra, que nos contemplásemos como si estuviésemos en las páginas de una revista o en una serie de televisión. Seguramente que los que se hacen esos reportajes en las revistas vestidos de largo junto a un fastuoso árbol lleno de enormes bolas no son tan cretinos como nosotros y cenar en zapatillas.

La voz preguntó:

-¿Lloras?

Y tras una pausa continuó:

-No entiendo por qué no podrías llorar. Todo el mundo llora alguna vez. ¿Yo? Yo también he llorado. Te diré algo, me gusta llorar tanto como reír. Bueno, quizá no tanto, pero a veces siento grandes deseos de llorar, y lloro con todas mis fuerzas hasta que ya no me quedan deseos de llorar más.

Hice como que miraba a todas partes, para poder verle. Tuve la impresión de que ni siquiera se daba cuenta de mi presencia. No se había quitado el abrigo. Era beige y tenía las solapas

alzadas hacia el pelo negro y las facciones suavemente maduras. Por el abrigo asomaban unos vaqueros y por los vaqueros unas botas marrones con cordones. En el asiento de al lado había unos libros y unos folios escritos. Pensé que tal vez fuese uno de esos profesores que vivían esparcidos por mi urbanización y que también le estaría esperando el árbol, la cena y la ropa de etiqueta.

Vi cómo se cambiaba el móvil de mano y cómoladeaba la cabeza al lado contrario y vi una melancolía en sus profundos ojos oscuros que envidié.

-Ya te lo he dicho muchas veces -dijo su voz llamativamente afónica, algo ronca-. Y añadió:

-Sí, te quiero. Estoy desinteresado por todo lo que no seas tú ¿comprendes?"

El tren iba disminuyendo la velocidad para detenerse en la estación anterior a la mía. El andén esperaba casi vacío. La frondosa oscuridad del campo, de las montañas y del firmamento cayó sobre el único viajero que se apeó allí. Pronto empezamos a dejarle atrás. Y sin pensarlo me dirigí al supuesto profesor:

-Perdone, ¿usted fuma? Me apetece fumar y no tengo tabaco.

Me miró sorprendido, como si se acabase de despertar.

-A mí me ocurre igual. Dejé hace de fumar hace un mes y ahora daría cualquier cosa por un cigarrillo.

Me reí:

-También hace poco que lo he dejado, pero con esta noche, ahora, en este vagón, me apetece fumar.

-Vaya -contestó su voz afónica-. No sé qué podemos hacer.

Y se abrió el abrigo como si no se hubiese dado cuenta antes del calor que hacía.

Estábamos solos. Él permaneció mirándome con sus hermosos ojos oscuros más de lo que se suele mirar.

-¿Le ocurre algo? -dijo.

-Usted me recuerda a otra persona. Perdóname, no quiero incomodarla.

-¿A quién le recuerdo?

-A alguien con quien acabo de hablar. Es sorprendente que usted exista y que esté aquí.

-Coincidencias ¿verdad?

-Tal vez. La echo de menos. ¿Usted no echa de menos a nadie?

Negué con la cabeza:

-No tengo esa suerte.

Sonrió. También me gustó su boca un poco abierta.

¿Cree en el destino?

-No. -dijo.

Cogí el bolso y el abrigo y me acerqué. Recogió con celeridad los libros del asiento y me senté junto a él.

-¿No cree que haya sido el destino el que nos ha reunido aquí esta noche? ¿No le parece extraño que nos hayamos encontrado?

Se notaba que la barba le había ido creciendo en el transcurso del día, entre ella los labios y la voz, el aliento. Estaba tan cerca.

-No lo creo -dijo-. Y además, ¿qué importa? Si no ha sido el destino hemos sido nosotros.

Me miró con más interés.

Le dije: No se engañe. Nadie se ocupa de nosotros.

Me cogió una mano, y yo no la aparté, la dejé en la suya. Me la oprimía ligeramente, con una fuerza extraña. Era una mano cálida, acogedora. Las pálidas luces de la estación empezaron a verse al fondo. Se acercaba el final.

-Ya he llegado a mi destino -le dije sonriendo.

Entonces sonó el móvil y mientras lo buscaba en el bolsillo del abrigo, dijo:

-Lo siento. Me gustaría creer que alguien piensa por nosotros.

Su voz empezó a susurrar según me dirigía a la puerta, y desde el andén vi alejarse la ventanilla, tras la cual se alzaban las solapas de su abrigo hacia el pelo negro. En el aparcamiento de la estación puse en marcha el coche y respiré hondo. Los faros encendidos giraron en redondo tal como yo había dispuesto que girasen y luego alumbraron el camino que yo había dispuesto que iluminasen.

CLARA SÁNCHEZ



Clara Sánchez es colaboradora del diario *El País* y ha obtenido el premio Alfaguara en 2000 con *Últimas noticias del paraíso*.

BIOGRAFÍA

Nacida en 1955 en Guadalajara, la escritora mantiene una especial vinculación con la localidad campesina de Galápagos, pueblo donde nació su madre y al que acude todos los fines de semana que puede.

Clara Sánchez es filóloga y profesora de Universidad, y además una especialista en cine, que colabora de forma esporádica con Jose Luis Garci en su programa *Qué grande es el cine* de Televisión Española.

Aunque sus cinco novelas anteriores no han tenido la repercusión popular que merecían, la obtención del Premio Alfaguara de Novela la ha abierto las puertas del gran público a esta escritora intimista de prosa sencilla y natural.

La presente autora se convirtió en la primera mujer que ha ganado este prestigioso premio con su novela *Últimas noticias del paraíso*. Le han llovido elogios, como el del escritor peruano Alfredo Bryce Echenique que comentaba que se trata de un relato "que subyuga por la inteligencia de su factura y por la espontaneidad de una prosa sumamente fina, sencilla y sensible". La propia autora ha señalado que la mayor virtud de su novela es el tono logrado para hablar de temas como la incertidumbre, el deseo o el paso del tiempo.

Piedras preciosas fue la primera novela de Clara Sánchez, publicada en la editorial Debate en 1989. A esta *opera prima* le siguen otros títulos como *No es distinta la noche*, *El palacio varado*, *Desde el mirador* y su premiada novela *Últimas noticias del paraíso*.



EXCMO. AYUNTAMIENTO DE ALCALÁ DE HENARES



**MOSECA SALUDA A LA CIUDAD DE
ALCALÁ DE HENARES
Y AGRADECE SU COLABORACIÓN
EN EL MANTENIMIENTO DE ALUMBRADO
PUBLICO**

FELIZ NAVIDAD Y PRÓSPERO AÑO NUEVO

¡ FELICES FIESTAS !

Especial Reyes

RELATOS
DE NAVIDAD

Muerte en la noche del Nacimiento. Un final entre trágico y absurdo de un hombre en el límite de su propio caos. El sinsentido de su toda vida se muestra de forma más patente en unos días impregnados por el consumismo y el paripé de las celebraciones. Contagiado por ese espíritu de desenfreno, el hombre que va a morir comete también su último exceso para lograr la felicidad por un instante.

Proverbios,

5. 20

por José Machado

Huye de las malas mujeres, / y gózate con la mujer de tu mocedad.

Nunca imaginó que acabaría sus días así. Gordo y medio calvo, cuarentón en una habitación de hotel, disfrazado de Papá Noel sadomasoquista. Con el escroto hinchado y la polla medio flácida atrapada en el vientre de Lucy o Vanessa o Mabel, o comoquiera que se llamen estas lumnis con ligüero, arrodilladas en formación de a cuatro frente a él y tocadas con cuernos de reno fabricados en fieltro.

Su mujer, en el extremo opuesto de la ciudad, no sabe que se está muriendo. Ella no sabe nada; todavía. Pero su cara será todo un poema cuando se entere. Sus dos hijos, de seis y ocho años, tampoco lo saben. Y quizá no lo sepan nunca. Su papá se habrá ido para siempre, y durante años creerán que murió de una parada cardiorrespiratoria. Como todo el mundo.

El hombre que muere ahora en la habitación del hotel se pregunta con su último aliento cómo coño ha llegado hasta allí y yo se lo voy a contar al oído mientras le estalla la aorta con el cálido tono de voz del confidente. Vamos, hermanos, un poco de piedad; estamos en esos días del año en los que todo son buenos propósitos.

Son las ocho de la tarde del veinticuatro de diciembre.

Hijo mío, atiende a la sabiduría, / da oídos a la inteligencia,

Para guardar el consejo / y mantener en tus labios la ciencia.

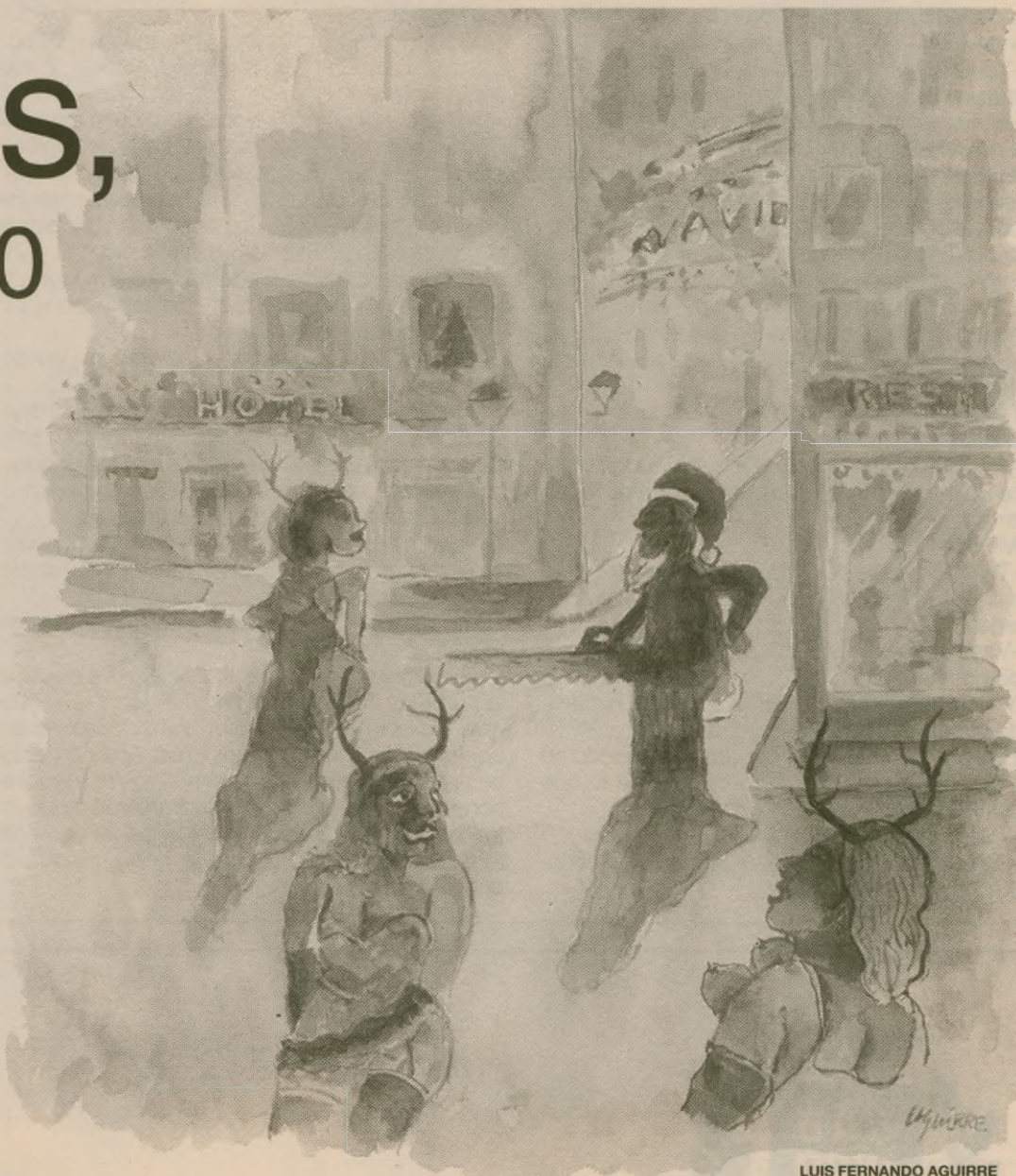
Todo lo que suceda esta tarde será fruto de un exceso fortuito; o casi. Nada hacía presagiar tal desenlace esta misma mañana, tan parecida a cualquier otra. El hombre que muere ahora en la habitación del hotel se ha despertado sobre las seis: treinta a.m., cuando el alumbrado municipal aún parpadeaba sobre el frío asfalto, sin ayuda del despertador: hace demasiado tiempo que sus tensiones lo relevaron de su principal responsabilidad. En el baño se ha desperezado el estómago y vomitado un poco de aire nada más salir de una ducha hirviendo. Después se ha puesto uno de sus disfraces de ejecutivo de cuentas, ha malbebido una taza de café negro, y se ha dirigido a la habitación de los niños. Desde el quicio de la puerta ha intentado dibujar el perfil nervioso de sus cuerpos pequeños y dormidos. Ayer se acostaron tarde. Tardarán al menos media hora en abrir los ojos y dar vida a la casa. En breve, el silencio de sus sueños se hará sencillamente insoportable, y entonces despertarán para poner cada cosa en el lugar que le corresponde en mitad del caos diario y reordenar el mundo. Pero eso será cuando su padre se haya marchado por última vez de casa y esté ya camino de la oficina, que para su entendimiento impaciente es algo situado en un punto indeterminado del Universo.

Y tienen toda la razón.

Miel destilan los labios de la mujer extraña, / y es su paladar más suave que el aceite.

Pero su fin es amargo como el ajeno, / punzante como la espada de dos filos.

Perdido en el firmamento informatizado del fin del milenio, el hombre que ahora muere en la habitación de un hotel parpadeaba esta mañana frente al vacío abisal de su terminal de silicio, como un Napoleón en Waterloo: con los ojos a la altura de la corbata y el nudo de la misma entre los dientes, entre la histeria y la ruina existencial, pero sin posibilidad alguna de experimentar



LUIS FERNANDO AGUIRRE

una emoción intermedia. Cuando ha jugueteado con la idea de hacer recuento de todas las horas de su vida que ha dilapidado sentado en este o cualquier otro de los cubículos que ha ocupado para adecentarla a golpe de nómina, ha sentido el primer pinchazo intercostal del día. Se ha llevado la mano al pecho y al punto ha pensado que tenía hambre. Entonces ha dejado caer su remo, ha bajado al bar, y se ha atiborrado de grasas sintéticas. Por lo que pudiera llegar a pasar ha ingerido también una dosis media de alcohol, y otra algo más alta de química legal. Ya sé, hermanos, que esta dieta no debe ser nada buena, más bien al contrario, pero al salir de nuevo a la calle ese hombre ha sentido que su abanico emocional de abría lentamente al frío y sucio airecillo de la mañana: ahora se sentía ya de puta pena. Quizá no sea mucho, ha pensado, pero es un cambio. Así que se ha puesto su dorsal de remero, ha subido a la oficina, y ha hecho músculo al son de los latigazos de su reloj de pulsera.

Al cabo de un rato, ha sonado el teléfono.

Sus pies descienden a la muerte, / llevan sus pasos al sepulcro.

No va por el camino de la vida; / va errando por el camino si saber adónde.

-Ah, eres tú.

-¿Quién creías que era?

-No sé.

-¿Cómo va todo?

-Mucho trabajo.

-Yo también, va a ser un día muy duro. Todavía tengo que comprar unos cuantos regalos, pero primero he de dejar a los niños con mi madre. Volver a casa y esconderlo todo, y luego otra vez a casa de mi madre para recogerlos. Vuelta a casa, y envolver los regalos a escondidas, limpiar, preparar la cena y rezar para que todo salga bien. Al fin y al cabo, es la primera vez que celebramos la Nochebuena en casa. Va a haber dema-

siada gente esta noche. Estas cosas me ponen muy nerviosa.

-Saldrá.

-¿Me estás escuchando?

-Siempre sale bien.

-Eso no me tranquiliza demasiado. ¿Tú no estás nervioso?

-¿Por qué iba a estarlo?

-Ya sabes, Navidad: los regalos, los niños que se huelen algo, todo Dios a cenar: lo típico.

-Sabes que no.

-¿"Sabes que no"? Ayudaría que por lo menos lo pareciese.

-No me des el coñazo. Tengo preocupaciones más graves en este momento.

-Bueno, podrías olvidartas por hoy, ¿no crees? Sólo es una fiesta. Muéstrate algo más relajado, por Dios. ¿Crees que podrás? Los niños aún pueden permitirse el lujo de disfrutar de la Navidad.

-Lo intentaré.

-Oh, tu entusiasmo es admirable.

-Ya. Oye, tengo que colgar.

-Claro: mucho trabajo.

-Exacto.

-La cena es a las nueve. En punto.

Óyeme, pues, hijo mío, / y no te apartes de las razones de mi boca.

Aleja tu camino de ella / y no te acerques a la puerta de su casa.

Efectivamente, la mujer del hombre que ahora muere en la habitación del hotel ha llevado a los hijos de ambos a casa de su madre. Luego, acompañada por su hermana menor, ha hecho las compras de última hora: algún que otro detalle para sus hermanos y hermanas camedas y políticos, el videojuego de Pokémon y un par de novelas históricas; ya saben, para fomentar el hábito y no descuidar la cultura general adquirida un día en

su colegio de pago. También ha comprado unos veintitrés metros cuadrados de papel de regalo para envolverlo todo. Y también grosellas para la salsa del capón. Y piñones para el relleno. Y cinco variedades de pan. Y una crema hidratante reafirmante con aroma a dispendio. Y treinta cosas más que le han puesto nombre a esa inquietud que la aborda siempre por estas fechas y tan bien conoce, aunque no responda a ningún principio de economía conocido. Después ha guardado la tarjeta de crédito, ha regresado a por los niños a casa de su madre y, ya en casa, los ha enchufado a un maratón de vídeo. Durante la hora y media que ha durado El rey león, ha envuelto cada detalle y cada regalo, como si le fuera la vida en ello. Casi sin aliento se ha preguntado, sin gastar demasiado tiempo (todo sea dicho), qué va a hacer con el resto de las cosas que no estaban en la lista y ha comprado.

Pero en ningún momento ha pensado qué estaría haciendo su marido.

Para no dar tu honor a los extraños, / y tus años a un cruel.

No sea que se harten los extraños de tu hacienda / y vayan tus trabajos a casa de un forastero.

¿Y bien?

Su marido está en un punto indeterminado del Universo, con los ojos cifrados en cristal líquido, pensando que en esa oficina le sobra el tiempo que fuera de ella le falta y también que necesitaba una copa. Por eso, cuando la secretaria de su departamento le ha propuesto bajar al bar para brindar con el resto de sus compañeros por el año que viene, o por el que se muere, no ha tenido que pensárselo más de una vez. Ha bajado a brindar, y ha bebido cava y sidra y un gin tonic, y luego ha comido con todos ellos y ha seguido brindando y bebiendo, brindando y bebiendo y gritando, en parte para no escucharlos y en parte para no escucharse a sí mismo. Así, hasta las cinco y media. Entonces ha vuelto al cubículo. Tambaleándose ha llegado al baño. Ahí ha sacado de la cartera una papelina que compró la semana pasada y tenía reservada para Fin de Año. Se ha metido un buen par de rayas, sólo por estabilizarse, y otras dos más por puro ansia. En ese momento, ha sentido un segundo pinchazo en el centro del pecho y unas ganas espantosas de foliar.

Y al fin tengas que llorar / cuando veas consumidos tu came y tu cuerpo.

Y hayas de exclamar: ¡Ay de mí, que odié la disciplina / y mi corazón despreció la corrección.

En casa, su mujer está vistiéndolo a su hijo pequeño mientras ella misma se arregla la melena. El mayor, a medio vestir, está atendiendo el teléfono porque la muchacha ha bajado un momento a comprar una botella de aceite. Cuando el niño regresa al cuarto de baño su madre le pregunta quién ha llamado.

-Papá -responde.

-¿Qué ha dicho?

-Que tiene que trabajar -responde.

-¿Ha dicho si va a llegar a la hora?

-Sí -responde.

-¿Seguro?

-Sí -responde. Su madre repite la pregunta y el niño vuelve a contestar que sí. La tercera vez que se lo pregunta el niño no sabe ya qué contestar. Como su madre duda de su capacidad para tomar un recado el niño no tiene otra salida que empezar a dudar de sí mismo: no tiene por qué saberlo, pero es bueno que se vaya acostumbrando a hacerlo. A un paso del colapso su madre le ha anudado la pequeña corbata de cuadros escoceses, y, lo que son las cosas, en ese preciso momento el pequeño le ha pedido que le busque el videojuego de Pokémon, y entonces el aire del cuarto de baño se ha solidificado como el agua de un lago en invierno.

Sin perder un instante, ha cogido su bolso y ha salido escopetada por la puerta de casa, donde se ha encontrado con la muchacha y su botella de aceite. Le ha dicho que en seguida volvía y luego ha desaparecido escaleras abajo murmurando algo sobre la salsa de grosellas. En su coche familiar alemán de gama alta ha cruzado media ciudad hasta el centro comercial que había visitado esa misma mañana, y en la puerta ha tropezado con una bola de mugre bajo cuyas solapas parecía habitar otro hombre exaltado y exhausto a partes iguales. Automáticamente ella le ha dicho que no llevaba nada suelto. El mendigo no se ha inmutado; a estas alturas del cuento sabe que no tiene derecho a sentir emoción alguna. Incómoda, la mujer ha rebuscado en los bolsillos de su abrigo y ha encontrado un puñado de monedas. Se las ha ofrecido con prisa, pero no ha servido de nada. Por un momento ha fantaseado con la posibilidad de reprenderle, pero entonces él ha hablado:

No escuché la voz de los que me educaban / y no di oídos a los que me enseñaban.

Por poco no he llegado al extremo de mis males, / en medio la congregación y de la asamblea.

Bebe el agua de tu cisterna, / los raudales de tu pozo.

La mujer, como era de esperar, se ha limitado a esquivarlo con miedo disfrazado de elegancia y ha desaparecido, buceando en la riada navideña, camino del mostrador de devoluciones. Un videojuego, su reino por un videojuego y algo de felicidad.

¿Quieres derramar fuera tus fuentes, / por las plazas las aguas de tu río?

Tenías para ti solo, / no para que contigo beban los extranjeros.

Pero me temo, hermanos, que esa advertencia llega

JOSÉ MACHADO



Madrialeño, nacido en 1974, José Machado abandonó sus estudios de Derecho para matricularse en la Escuela de Letras. Ha escrito *A dos ruedas*, un conjunto de 80 historias cortas.

BIOGRAFÍA

Hasta ahora se había dedicado a leer (Miller, Kerouac, Bukowski, Cortázar...), a escuchar música y a vivir lo vivible.

Sus historias cortas recopiladas en *A dos ruedas* tienen como hilo conductor a un chino "que mira incrédulo a través de la ventana de socorro" de un autobús. Un retrato minucioso y revelador de la gente de su generación, salpicado de referencias culturales: droga, sexo, amor y *rock and roll*, y también *La guerra de las Galaxias*, el fútbol, la actualidad y Bob Dylan.

A dos ruedas es por el momento su única aparición pública en el mundo literario, una obra escrita con una desenvoltura y una madurez tal vez impropias de una *ópera prima*.

demasiado tarde para nuestro hombre, que, después de hablar por teléfono con su hijo, ha decidido darse un homenaje para aliviar la tensión de las fechas. Ha venido presto a la habitación de hotel donde está a punto de morir y ahí ha esperado que llegara su regalo en formación de a cuatro, todas ellas con ligero y tocadas con cuernos de alce fabricados en fieltro. Por primera vez en tres años y ocho meses ha tenido algo parecido a una erección espontánea, que ha sido recibida por el personal con palmas y vítores y cubatas y risas y rayas de coca y cava en los muslos y azotinas en las grupas... Así, hasta las ocho de la tarde, cuando ha sentido un nuevo pinchazo en medio del pecho y la habitación se ha convertido en un sindió de gritos y romper de vasos, de traspies y cabalgadas de zapatos de fiesta buscando una salida de emergencia. Entonces, con el escroto hinchado y la polla medio flácida en su mano, el hombre que muere ahora en la habitación de un hotel se ha preguntado con su último aliento cómo coño ha llegado hasta ahí, y yo se lo he contado al oído mientras le reventaba la aorta con el cálido tono de voz del confidente; así que no contéis nada de esto a nadie. Vamos, hermanos, un poco de piedad, que estamos en esos días del año en lo que todo son buenos propósitos.

Son las ocho de la tarde del veinticuatro de diciembre.

NUEVOS

**Soluciones versátiles
para ver crecer sus ahorros.**



iberCaja

Uno de los primeros Grupos Financieros
en Gestión de Patrimonios

Entidad Gestora: Gescasur, S.G.I.C., S.A. (N.º Registro en la CNMV: 84).
Entidad Depositaria: IberCaja.
Existe un folleto informativo de cada Fondo a disposición de los participantes
en la Gestora y en la CNMV.

Fondos de Inversión IberCaja

Seguro. Práctico. Acertado. Ingenioso. Atrevido.



Especial Reyes

3

buenas
razones

para mantenerse informado

El Corredor

DIARIO DE ALCALA

la mirada

información local
y nacional
ocio y tiempo libre
información económica



ZINK soluciones creativas



Nuevo BMW X5
4.4i
3.0i

902 357 902
www.bmw.es

¿Te gusta conducir?

La prueba más difícil para un 4x4. 1000 km. de autopista.



Es curioso que el terreno más fácil de conducir sea el que realmente pone a prueba a cualquier 4x4. Bajo esta premisa, en BMW decidimos crear un vehículo que combinara el estilo y las prestaciones de nuestras berlinas con la más avanzada tecnología al servicio de la conducción "off road".

Por eso, en lugar de adaptar alguno de nuestros modelos existentes, variando el tamaño de sus ruedas o sus dimensiones, nos embarcamos en una aventura de varios años para crear un vehículo capaz de revolucionar su categoría, el BMW X5.

El X5 incorpora sistemas como el ABS, el CBC, el DBC o el DSC, y cuenta además con 286 CV, es decir, todo lo que hace que disfrutes conduciendo por carretera. Y sistemas como el ASC-X (Control de Tracción), el ADB-X (Control Automático de Adherencia) o el HDC (Control de Retención en Rampas) que hace que cuando no vas por carretera no eches de menos hacerlo. Ahora sólo queda una prueba por superar, la tuya.

Alcamadrid Autos, S.A.
Ctra. N-II, Madrid-Barcelona, Km. 32,3
Tel.: 91 882 17 35
Alcalá de Henares



Si buscas chalets adosados, pareados o individuales
CENTRO INMOBILIARIO DEL HENARES

Chalets en Meco

BEL VALLE



Superficie 124 m²

Una oportunidad tan grande como una casa



Superficie 82 m²

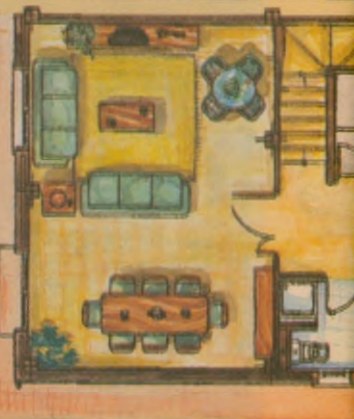
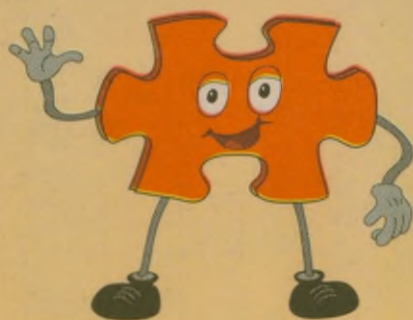
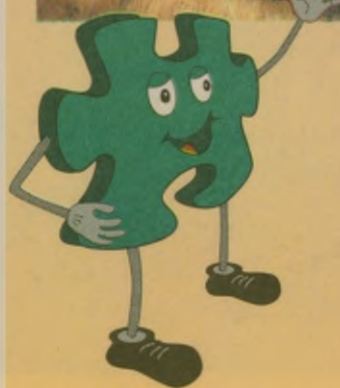


Despierta así desde tu ventana

Parque MiraValles

Sin entrada.

Desde 75.000 ptas/mes
I.V.A. incluido



Parcelas desde 180 m²

ales, no te rompas la cabeza, ven a conocernos



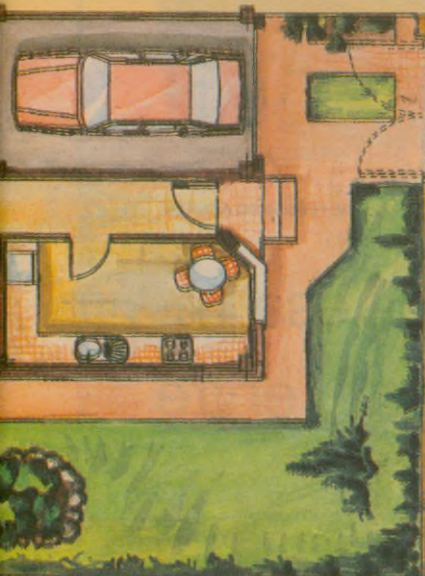
ciudad VALGREEN

Chalets entrega inmediata
en Villanueva de la Torre

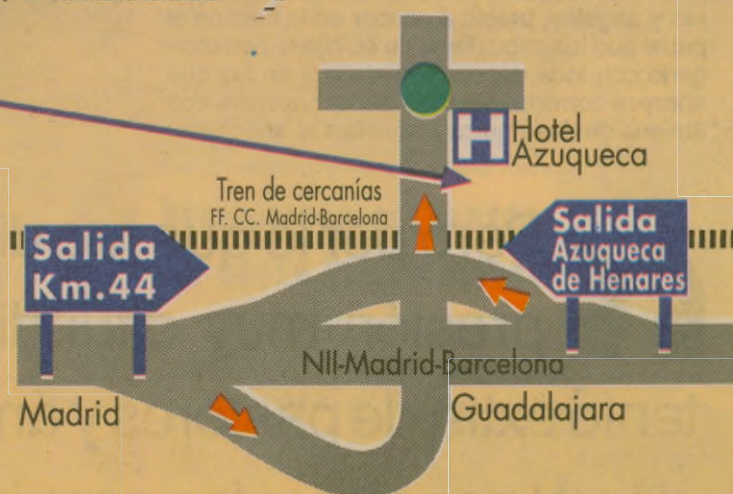


Visita el
chalet piloto.
Varios modelos
a elegir.

- Junto a dos Universidades
- Próximo a FF.CC. Cercanías
- Entre dos Hospitales
- Área Comercial



900 500 600
Móviles 949 348 846
N-II. Acceso Km.44
Junto al Hotel Azuqueca
Azuqueca de Henares



Especial Reyes

RELATOS
DE NAVIDAD

Desde la locura, desde la imaginación, una reivindicación navideña: San José se presenta en los sueños de una mujer para desmentir algunos aspectos de su biografía. El ejemplo de padre por excelencia se siente maltratado por la historia y discrepa con el retrato que le ha impuesto el tiempo. Un *sanjosé* que, lejos del conformismo y la paciencia con que se le pinta, se revuelve desde el más allá para explicarnos quién fue realmente.

Falsos retratos

por Fernando G. Delgado

Si no te tuviera por loca, amor mío, me extrañaría ahora de que en tu extensa felicitación navideña te empeñes en convencerme de haber hablado en sueños con José al cabo de los siglos, al tiempo que me aseguras que siempre fue el carpintero judío reacio al sueño, a los fantasmas y a cualquier indicación de las estrellas. Pero daré por bueno que José se ría, con esa risa sin tiempo que le atribuyes a un muerto tan viejo, de que un año más coloquemos su figura en el establo. No le falta en ella ese aire de abuelo resignado al vaho del mulo y de la vaca que tanto le repele, la mirada ausente del invitado de piedra que sigue incomodándole, ni la del resignado a cumplir con altísimos designios que nunca hubiera imaginado y que le ha traído nefastas consecuencias para su verdadera imagen.

Y mucho menos, dices que dice, podrían haber supuesto su aldea tan mal reproducida y conformada al capricho de cada cual sus modestos vecinos de Belén, gentes que como él jamás pensaron instalarse en la ficción ni lo pretendieron. Por eso, aquel mediodía de calor, cuando supieron que María, la de José, había parido con la ayuda de Ana, su madre, justo en el momento en que José había ido a la sinagoga a prestar sus oficios de carpintero, requerido por el rabino, y que era varón el primogénito, se alegraron por ellos y les dieron sus plácemes, sin más algarabía que la que suele darse entre la gente sencilla cuando se producen estos acontecimientos familiares. El hecho de que José no estuviera en casa cuando nació Jesús no significa que una vez regresado no pudiera instalarse, y nunca mejor dicho, junto a María, preferentemente del lado de la mula, para recibir pastores y ofrendas. Pero por lo que me dices no parece gustar José de esa impresión muy difundida de adorador desocupado, entre tanto extra de pastores y ángeles, presto a ocupar en la función el papel que los seguidores de su hijo le han otorgado con toda desconsideración y en las que aparece como un simple y sin dar opinión. Los amigos de José quizá acudieran al anochecer



LUIS FERNANDO AGUIRRE

“ Pero por lo que me dices no parece gustar José de esa impresión muy difundida de adorador desocupado, entre tanto extra de pastores y ángeles, presto a ocupar en la función el papel que los seguidores de su hijo le han otorgado ”

“ Que al cabo de los siglos se te aparezca en sueños nada de fiar, por más que insistas tú con tu locura en que son más fiables los sueños ”

a brindar por el vástago con su padre y es posible que se cogieran una buena borrachera todos que quizá acabara al amanecer. Pero, ahora invento yo, querida, pues de tal celebración no me has dado noticia en el ingenuo relato de tu sueño y es mi vocación etílica la que tal vez la invoque. De lo que sí parece haberse ufano contigo José es de la buena cuna que con sus propias manos artesanas fabricó para Jesusito (¿Qué necesidad iba a tener su hijo de dormir sobre unas pajas?, dices que protesta, y con razón), ignorando entonces, como es lógico, que la rebeldía de su chico llegara a cambiarle para siempre el aspecto y el carácter.

Pero por mucho que un muerto tan antiguo cambie su lengua por la tuya para hacerse entender, que incluso hable como quien está al tanto de lo que ha cambiado el mundo, e incluso parezca que ve la televisión, o como quien no ha dejado de mirarnos desde un ignoto espacio durante tanto tiempo, no parece creíble, amor mío, que te hable de derechos de imagen y mucho menos del derecho que tiene a defender la suya, o que se halle consternado por el falso retrato que ha ido acumulando figuras inexactas en las que a su parecer no se halla favorecido. Que al cabo de los siglos se te aparezca en sueños nada de fiar, por más que insistas tú con tu locura en que son más fiables los sueños que la historia, un hombre como José, para quejarse de que era mayor que María, su mujer, pero no un viejo, parece una frivolidad inadmisiblemente en quien habría de tener de la edad otro concepto, hablando como te habla dos siglos más tarde de todo lo que considera ahora, de acuerdo con tu sueño, estupidamente descrito. Tú insistes en que la edad no es lo de menos, en que representarlo como si María se hubiera casado con su padre le resta bríos, y detecto ahí que el José paciente que nos pintan reivindican los calzones que la historia le ha quitado. No obstante, no se quejará de que no lo hayan retratado como hombre justo, lo que se dice un santo varón, aunque, tal vez por elegancia, se tenga él por menos virtuoso de lo que aparece en toda descripción.

Bueno... Es verdad que, por lo que me cuentas, más bien se queja de que se tenga por más justo al resignado que al díscolo y que presume él de haber inculcado en Jesús su rebeldía. De su modo de hablar, impaciente, algo cabreado, dices, aunque admitiendo que nada podrá hacer ya contra su fama no queri-

da, diría yo que tan inmensa fama, deduces tú que fue un hombre de carácter y no el paviso-so que acarameladamente se derrite junto a las pajas de su bebé. Nada puedo objetar a tu capricho, ni al de José, si es que tu sueño ha sido iniciativa suya, pero me extraña que entre tanto malestar se quedara en esas minucias y no mencionara que al fin y al cabo su hijo no era hijo suyo sino de Dios o que protestara en contra de eso tomándolo por falsedad. Aunque tú llames maniobra a la decisión de Dios de fecundar a María por su cuenta y no contar con lo que era obligación y gozo de José, y pongas además en labios de José que vienen de ahí todos sus males, pues qué habría de pensarse, añades, de un hombre que acepta que le secuestren a su hijo verdadero para pasar a ser padre adoptivo, nada te dijo José precisamente de eso. Quizá porque sepa que de otro modo no hubiera sido famoso y tal vez no le disguste tanto serlo. Otra cosa es que la fama imponga sus retratos, es el sufrimiento de todo hombre público. Tampoco tú puedes darme garantías de que este José de tus sueños sea el de Judea, ni de que aun siéndolo no sea a la vez el resignado y el díscolo, el acaramelado José del nacimiento y el viril carpintero que mira con deseo a su esposa María y ve cómo se turba ella y en sus ojos percibe una invitación a recrearla.

Tampoco existes tú, mi amor, un puro invento de mi soledad, y tu locura no es otra que la mía, y el verdadero José que habló contigo de su falso retrato no era otro que yo, mirándome en el río, tratando de encontrarme y de encontrarte, ahora que vuelve la Navidad

“ Tampoco tú puedes darme garantías de que este José de tus sueños sea el de Judea, ni de que aun siéndolo no sea a la vez el resignado y el díscolo, el acaramelado José ”

a inventar las ausencias, a medimos el tiempo falsamente. Ni era diciembre, ni hace 2000 años, ni José fue el José que conocemos, ni tú ni yo los que...

FERNANDO G. DELGADO



El premio Planeta, en 1995, lo lanzó a la fama. Pero el escritor cuenta también en su haber con otros reconocimientos como el Pérez Armas (1973), el Pérez Galdós (1979) y el Europa (1986).

BIOGRAFÍA

Fernando G. Delgado comenzó a los 14 años a publicar en los periódicos de su ciudad natal, Santa Cruz de Tenerife, y después de trabajar en los suplementos literarios *Pueblo e Informaciones* o en la revista *Ínsula*, colabora ahora en *El País* y en los diarios de Prensa ibérica. Actualmente, el escritor vive entre el pueblo segoviano de Torrecaballeros, donde escribe, y Madrid, ciudad en la que dirige y presenta el magacín radiofónico *A vivir que son dos días* de la cadena SER.

Es licenciado en Filosofía y Letras y en Ciencias de la Información y fue el primer director de Radio 3, director de Radio Nacional de España en dos ocasiones, consejero de RTVE y director general de Tele Expo en la Exposición Universal de Sevilla. En 1995 le otorgaron el premio Ondas Nacional de Televisión por la información cultural de los *telediarios* que entonces dirigía y presentaba en TVE.

En 1973 apareció su primera novela, *Tachero*. La última, *Escrito por Luzbel*, se editó en 1998. Entre estos dos trabajos, Fernando G. Delgado ha escrito cuatro novelas más: *Exterminio en Lastenia*, en 1980, *Ciertas personas*, en 1989, *Háblame de ti*, en 1993, y, en 1995, *La mirada del otro*. Además de novelas, el autor tinerfeño ha publicado dos libros de poemas: *Proceso de adivinaciones*, en 1981, y, 14 años después, *Autobiografía del hijo*.

Neumáticos CERVANTES, S.A.

FIRESTONE

NEUMÁTICOS CERVANTES
LES DESEA FELIZ NAVIDAD
Y PRÓSPERO 2001

FIRST STOP

- Neumáticos
- Equilibrados
- Paralelos
- Cambio Aceites
- Amortiguadores
- Frenos
- Escapes
- Lavado
- Baterías
- Limpieza motor

C/ Luis de Medina, 1 (Pryconsa) - Telf.: 91 889 13 84
 Acceso por C/ Luis de Medina y Plaza Alonso Carrillo - 28805 Alcalá de Henares (MADRID)

Especial Reyes

RELATOS
DE NAVIDAD

Curzo, el mendigo que llega siempre al pueblo por Navidad, aparece congelado en medio del pantano. Los vecinos de la zona, conmovidos, lo recogen y lo sientan a su mesa como todos los años a pesar de que, en esta ocasión, es una estatua helada. Un ejemplo del manido espíritu navideño: los buenos sentimientos son capaces de derretir cualquier tipo de hielo, incluso el que anida en el alma.

El convidado de hielo

por Jesús Ferrero

Nada más levantarse, Filippo miró por la ventana. La nieve caía sobre el lago helado, del que se elevaba un vapor lechoso.

Filippo se lavó y se vistió. Luego bajó al sótano, donde dormían los siete cormoranes con los que solía pescar en el lago, a veces hasta en invierno.

Les dio de comer una mezcla de alpiste, algas y pescado crudo y se fue a desayunar junto al fuego de la chimenea, mientras su madre empezaba a preparar la parte que le correspondía de la cena comunal de fin de año, en la que participaba todo el pueblo.

Tras el desayuno, Filippo salió bien abrigado de casa, y se fue hasta Condado bordeando el lago. Llevaba andando un rato cuando, al dirigir la mirada hacia el lago, creyó ver, entre la bruma y la nieve, la silueta de un hombre muy delgado. Filippo se detuvo y miró mejor. El hombre se hallaba en una postura que recordaba tanto la de un bailarín como la de un espantapájaros. Con toda evidencia se apoyaba sobre una sola pierna, clavada en el hielo. La otra la tenía en alto, como uno de sus brazos. Daba la impresión de que estuviese celebrando algo, pero no se movía.



LUIS FERNANDO AGUIRRE

“ Con toda evidencia se apoyaba sobre una sola pierna, clavada en el hielo. La otra la tenía en alto, como uno de sus brazos. Daba la impresión de que estaba celebrando algo, pero no se movía ”

“ - Un momento. Yo sólo he dicho que está congelado. Vendrá a nuestra cena como todos los años. Será nuestro invitado de hielo ”

La niebla se disipó ligeramente y Filipo creyó que el hombre detenido en el hielo del pantano era Curzo, el mendigo trotamundos que aparecía una vez al año por Condado, generalmente en Navidad. Más de media hora estuvo observándolo: Curzo seguía inmóvil. Pensó en acercarse a él, pero Filipo no era tan escuálido como Curzo y la capa de hielo podía ceder. De modo que corrió hasta el pueblo y empezó a proclamar por las calles que Curzo se había convertido en una estatua de hielo.

Más de cincuenta personas se fueron tras él, y no mucho después todos pudieron observar el milagro. Curzo continuaba inmóvil sobre el hielo, y parecía un danzarín que se hubiese inmovilizado en el momento más alegre de su danza.

-¿Qué ha podido ocurrir? -preguntó el alcalde.

Filipo se encogió de hombros y dijo:

-¿No lo adivina? Esta noche Curzo venía desde San Juan de los Alisos, donde pernoctó antes de ayer, según me han dicho. Venía borracho y muy contento. Llegó a este lado del camino y se adentró en el hielo del lago sin darse cuenta. De pronto se puso a bailar y llegó una corriente helada que le provocó la congelación inmediata...

-¿Y qué podemos hacer? -preguntó el estanquero.

-Podíamos tirarle un lazo... -sugirió Emilio, el tonto del pueblo.

-¿Un lazo a doscientos metros? Ni siquiera en Texas pensarían en semejante procedimiento -comentó el alcalde.

Filipo meneó pacientemente la cabeza y dijo:

-Romperemos el hielo con una piqueta y nos acercaremos a él en barca.

-Este muchacho piensa -dijo el alcalde, y acto seguido hicieron lo indicado por Filipo.

Cuando ya tenían junto a ellos al mendigo, el médico empezó a examinarlo.

-¡Santo Dios! -dijo-. Está como un témpano.

-Esto no me gusta nada -dijo la tendera-. Curzo nos traía buena suerte. Nuestra cena de esta noche no será la misma con Curzo muerto.

El médico, que era un sujeto a considerar

por su capacidad de optimismo, dijo:

-Un momento. Yo sólo he dicho que está congelado. Vendrá a nuestra cena como todos los años. Será nuestro invitado de hielo.

A todos les pareció muy luminosa la idea del médico y fue así como esa noche Curzo presidió la mesa de Condado, a cuyo calor se albergaron casi trescientos comensales. Los más emocionados parecían los niños, que no dejaban de mirar al hombre de hielo.

Estaba ya próxima la ceremonia de las uvas cuando Curzo empezó a cobrar vida como Frankenstein tras la descarga eléctrica. Todos le miraron aterrados. Curzo se incorporó, elevó su copa, miró a los comensales con ojos idos y empezó a decir:

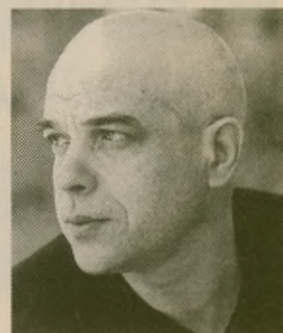
-Aquí me tenéis una vez más, queridos amigos de Condado, dispuesto a inaugurar con vosotros el año nuevo. Gracias por haberme sacado del reino del frío, gracias por vuestro pan y gracias por vuestro vino. Me bastó con vuestro calor para volver a la vida. Pero he de regresar a la región que he dejado sin permiso del destino... Sólo quería despedirme de vosotros formalmente, como lo había hecho todos los años -dijo, y cayó muerto.

Ese año fue uno de los más venturosos para los habitantes del lago. Desde entonces hay siempre flores en la tumba de Curzo y todas las nocheviejas, en la cena comunal, la gente de Condado coloca entre los comensales a un hombre de hielo esculpido por el marmolista. Están seguros de que comer las uvas junto al hombre gélido les da buena suerte, y han decidido que nunca, mientras

“ Gracias por haberme sacado del reino del frío, gracias por vuestro pan y gracias por vuestro vino. Me bastó vuestro calor para volver a la vida ”

dure Condado y dure el lago y dure el universo, faltará a la cena de fin de año el convidado de hielo.

JESÚS FERRERO



Ha vivido en el País Vasco, París y Madrid, y ha conseguido los premios Internacional de Novela, en 1990, por *El efecto Doppler* y el Azorín, en 1997, por *El último banquete*.

BIOGRAFÍA

Jesús Ferrero, novelista, escritor reconocido por la crítica tanto como por los lectores, también ha dejado su aportación literaria en el cine. Es autor junto a Pedro Almodóvar del guión de la película *Matador*.

El autor de *El efecto Doppler* nació en Zamora en 1952 y cursó estudios universitarios en París, tras haber pasado la infancia y la adolescencia en el País Vasco.

Como su propia historia, las obras de Jesús Ferrero cuentan también con proyección internacional. Sus textos han sido traducidos al francés, al portugués y al italiano. Se ha atrevido con todo tipo de géneros y cuenta en su haber con dos libros de poesía: *Río Amarillo* y *Negro sol*.

En 1982 recibe el premio Ciudad de Barcelona por su novela *Bélver Yin*. A este título le siguen otros como *Opium*, *Lady Pepa* y, en 1990, *El efecto Doppler*, obra por la que obtiene el Premio Internacional de Novela de ese año.

Algunas otras publicaciones del autor son *Alis el salvaje* y *El secreto de los dioses*. Siete años después de su galardonada novela, *El efecto Doppler*, Jesús Ferrero se hace con el prestigioso Premio Azorín, con su novela *El último banquete* (1997).

Tras este éxito, el autor zamorano ha escrito otros títulos como *El diablo en los ojos* y *Amador o la narración de un hombre afortunado*.

Su intensa dedicación al mundo literario no le impide algunos escarceos con el periodismo. Jesús Ferrero es colaborador habitual en varios periódicos por medio de artículos de opinión.



C/ DIEGO DE URBINA, 4
(FRENTE GALERÍA JUAN DE AUSTRIA)
ALCALÁ DE HENARES

CONFECIONES
la fábrica

Les desea felices fiestas



C/ SAN ILDEFONSO, S/N
(PARQUE REYES CATÓLICOS)
ALCALÁ DE HENARES

Especial Reyes

RELATOS
DE NAVIDAD

La infancia y la madurez pueden unirse en el momento más insospechado; es un movimiento cíclico que todos hemos vivido en alguna ocasión. En este relato, un niño disfruta del tacto de una figura del belén, y ese recuerdo le llevará de adulto a tomar una decisión definitiva. Los hechos narrados en este relato se desarrollan en Barcelona; y en apenas tres folios sintetizan toda una vida.



El pastor

por Álex Grijelmo

El mercado de Santa Llúcia quedaba cerca de la casa de mis padres, y por eso íbamos caminando hacia allá los tres, cogidos de la mano entre guimaldas navideñas que se bamboleaban sobre nuestras cabezas conforme las movía el viento cálido de Barcelona. Yo necesitaba dos pasos y medio para acompasar mis andares con los suyos, y los daba gustoso sin detenerme en pisar los charcos. Cada año, según veía despuntar la catedral y adivinaba junto a ella los tenderetes repletos de belenes y adornos, ahí a lo cerca, se me espesaba la sangre a la puerta del corazón y me brincaban los pulmones de respirar tan deprisa. Nosotros los barceloneses -esto es sabido- disfrutamos mucho con lo que nos pertenece, vivimos nuestra ciudad como si fuera la última en el desierto. Y ese reclamo de orgullo empecé a sentirlo entonces, agarrado a mis padres y caminando hacia el mercado de Santa

Llúcia un 22 de diciembre de 1961 a las cuatro de la tarde.

Sólo el pensar en cómo reuniríamos el belén (el primer belén de nuestra historia familiar que pondríamos sobre la mesa grande) constituía la mayor ilusión de los últimos días de clase. Imaginé ríos caudalosos formados con papel de plata, y montañas erizadas que levantaríamos en sacos almidonados en los que haríamos nevar la harina. Y los Reyes Magos, y la mula y el buey, y la Virgen y San José, y el pesebre, y el Niño, y el ángel que anuncia "Gloria in excelsis Deo"; y el caganer, cuya figura nos divertía más aún a los niños del colegio al darnos cuenta de que Mauricio, que era sevillano, ignoraba su existencia.

Aquel hombre con boina y barba de dos días, cuellilargo y abufandado con doble vuelta, atendió a mi padre con suma amabilidad cuando se acercó a su tenderete. Tenía sobre la mano, el

hombre cuellilargo, un pastor trabajado en barro, adornado con zurrón al hombro y botas de piel de potro de media calza, con chaleco de borrego blanco en el cuerpo y un paquete grande entre las manos. Sobre sus hombros se acomodaba un corderillo con los ojos abiertos y las cuatro patas atadas por delante. El pastor de barro y su base se hacían pequeños al compararse con la extensión de la palma y los dedos de mi padre, que lo asió enseguida con fuerza para comprobar su consistencia. Le pedí cogerlo -con toda educación, después de decir "por favor"-, y él me lo prestó tras lograr el permiso del dueño del tenderete con una mirada cómplice.

Yo también lo apreté. Se quedaron marcados en mi mano los relieves del zurrón y del corderillo; y en mi memoria, la figura completa de aquel muchacho adolescente que caminaba hacia el portal. Recuerdo que aquel día quise ser pastor, para rodearme de ovejas y perros, caminar por el campo, ir hacia Belén y entregar mis regalos al Niño Dios, me imaginé recibiendo el aire limpio de Nazaret (entonces yo creía que Nazaret y Belén eran lo mismo) y disfrutando de una vida en la que no necesitaba nada de nadie. Ninguno de los pastores del belén parecía tener compañía alguna, me decía yo. Vagaban solos, y solos habían decidido dirigirse hacia el pesebre para arrodillarse ante el Salvador. Los veía importantes, seguros de sí y de los recursos que

“Aquel hombre con boina y barba de dos días, cuellilargo y abufandado, atendió a mi padre con suma amabilidad cuando se acercó”

“ Intentaba encontrar a lo lejos las agujas de la catedral, que en otro tiempo ejercía como estrella brillante encargada de conducirme hacia la Navidad ”

tuvieran a su alcance.

A veces, en pleno verano y todavía en pantalones cortos, subía al desván de la casa para tocar las figuras del belén. Estaban depositadas en una caja grande, envueltas con primor en papel blanco, suave y casi transparente, el papel en el que se envuelven los regalos delicados antes de arroparlos con otro más fuerte y brillante. Acariciaba a los Reyes Magos y a sus camellos inseparables (es decir, pegados), pero sin retirarles el papel blanco suave y casi transparente. Sentía el peso de Herodes, y ponía su figura de pie en el suelo, junto al castillo de cuatro torres envuelto también en el papel suave y transparente. Tomaba el pesebre, y de él se desprendían algunos de los hilos de paja que servían de colchón para el Niño. Y finalmente, sí, desenvolvía el pastor, le retiraba con sumo cuidado el papel blanco y suave y transparente para apretarlo junto a mí y vivir de nuevo la Navidad durante las tardes de agosto.

Repasaba con cuidado su zurrón, sus botas de piel de potro de media calza, su chaleco de

lles. Caminé por las Ramblas en dirección hacia Santa Lúcia, y con cada paso levantaba la cabeza y pisaba con las puntas de los pies para encontrar a lo lejos las agujas de la catedral, el templo que en otro tiempo ejercía como estrella brillante encargada de conducirme hacia la Navidad. Compré varios periódicos: dos en catalán y dos en castellano; alguna revista. Me topé con un grupo de jóvenes aindiados que hacían sonar instrumentos mayas, quién sabe si quéchuas... No lo sé, en Estados Unidos se olvidan esos matices. Eran suramericanos, sin duda. Bueno, tal vez mexicanos y por tanto de Norteamérica. Digamos para simplificar que se trataba de hispanos. Más allá, un hombre calvo hacía cantar a su violín un villancico español. Una mujer de falda plisada y cazadora de ante viejo vendía globos de color púrpura. También se podían comprar objetos navideños, todos de plástico dorado.

A los dos lados del paseo central, más allá, se adivinaban unas estatuas en sus pedestales. He perdido vista, y pensé que se trataba de imá-

“ Repasaba su zurrón, sus botas de piel de potro de media calza, su chaleco de borrego blanco, y el corderillo acomodado sobre sus hombros ”

borrego blanco y el paquete grande que llevaba entre las manos, y el corderillo que viajaba sobre sus hombros con los ojos abiertos y las cuatro patas atadas por delante. Llegué a aprenderme la mirada de aquel pastor, tan seguro y tan libre.

Durante varios veranos acudí al desván para palpar de nuevo las figuras del belén, y recuerdo vagamente haber sentido que el barro del pastor continuaba amoldándose a mi mano como el primer día en que lo tuve entre los dedos en el mercado de Santa Lúcia. Todos me decían que yo había crecido mucho, pero año tras año el pastor seguía marcando su zurrón y su corderillo en los mismos lugares de mi mano.

Ayer volví a Barcelona. Tantos años en Estados Unidos me habían hecho olvidar los deta-

genes talladas realmente en granito y que el Ayuntamiento había colocado allí para alegrar la ciudad. Pero mis propios pasos me cercioraron por fin de que las esculturas tenían carne y hueso, lo que percibí sobre todo porque el viento tocaba sus ropas. Qué tipos tan curiosos. Se habían maquillado para hacerse pasar por estatuas, y la gente aplaudía su esmero con unas monedas arrojadas a los canastillos que aguardaban en el suelo. Examiné la compostura de un soldado romano, y también me detuve ante un payaso, y ante una Venus que simulaba ser una fuente, y ante un mimo a quien acompañaba un gato inmóvil.

Ya estaba llegando al final del paseo. Había visto en apenas unos minutos diez o doce esta-

tuas humanas, así que dejaron de interesarme, y por eso miraba distraído cuando descubrí las botas de piel de potro de media calza que vestía un joven con chaleco de borrego blanco en el cuerpo y un paquete grande entre las manos, provisto de un zurrón y que portaba sobre los hombros un corderillo con los ojos abiertos y las cuatro patas atadas por delante. Tenía una mirada de hombre seguro y libre. Aquella mirada.

No dudé ni un segundo de que se trataba del mismo pastor que un día tuve entre las manos. Sus pies caminaban hacia el portal con el paso de la figura, el diestro por delante y el cuerpo inclinado hacia el lugar exacto donde ponía la vista. Crucé mis ojos con los suyos, pero no turbó el gesto ni un instante. Mantenía la profesionalidad que parecía exigirse a las estatuas, y, como sus compañeros del resto del paseo de Las Ramblas, ni siquiera parecía oír el sonido de las monedas que caían en el canastillo.

Mis padres murieron hace mucho tiempo, y nunca tuve hermanos. La emoción de aquel encuentro sólo podía llenarme a mí, y no hallaría nunca oportunidad alguna de explicar el tremendo suceso a nadie que pudiera considerarlo creíble. Tal vez por eso arrugué el billete de avión que debía devolverme a Nueva York, lo tiré en una papelería y empecé a buscar en los periódicos un piso que se vendiera en pleno paseo de Las Ramblas.

ÁLEX GRIJELMO

Obtuvo el premio nacional de periodismo Miguel Delibes en 1998. Ha trabajado en *El País*, ha colaborado en CNN+ y en la SER, y ahora se le puede escuchar los domingos por la mañana en RNE.



BIOGRAFÍA

Álex Grijelmo (Burgos, 1956) publicó su primer artículo a los 16 años en el diario de su ciudad *La Voz de Castilla*. Cuatro años antes ya había decidido ser periodista, según atestiguan los compañeros de clase a quienes alquilaba por una peseta una revista semanal que él mismo elaboraba con un cuaderno, una máquina de escribir y recortes fotográficos. Trabajó en ese periódico burgalés mientras estudiaba Periodismo. En 1977 ingresó en Europa Press, y desde 1983 a 1999 formó parte de la redacción de *El País*, donde ocupó diversos cargos.

Ha publicado *El estilo del periodista* (1997), que se emplea como libro de texto en universidades de España y de Hispanoamérica; *Defensa apasionada del idioma español* (1998), un alegato contra el complejo de inferioridad de sus hablantes ante el inglés, y *La seducción de las palabras* (2000), cuya cuarta edición acaba de salir a la venta y que es un recorrido por las manipulaciones del pensamiento.



-FABRICACIÓN PROPIA-

Taller

C/ Granada, 8 (Reyes Católicos).

Tel.: 91 888 13 08. 28802 Alcalá de Henares

Exposición y Venta

C/ Pedro Sarmiento de Gamboa, 2

Tel./ Fax: 91 889 91 33 (Semiesquina Caballería Española) 28805 Alcalá de Henares.

CARPINTERIA
DE
ALUMINIO
•
CRISTAL
•
CUADROS

¡¡FELICES FIESTAS!!



Especial Reyes

RELATOS
DE NAVIDAD

Lectura para adultos. Navidad, época en la que todos esperan ver cumplidos sus deseos. Aunque éstos sean tan oscuros como los de Moisés Benayas, un pederasta reprimido que encuentra en el disfraz de rey Baltasar la licencia para dar rienda suelta a su perversión. Amparado por uno de los iconos navideños infantiles, no tiene reparo en aprovecharse de la candidez de las niñas que piden regalos sentadas en sus rodillas.

Los amores del
Rey Baltasar

por Luis G. Martín

Moisés Benayas decidió solicitar el empleo de rey mago en unos grandes almacenes para poder tocarles los muslos a las niñas sin quebrantar la ley. Como era aprensivo y poco valiente, necesitaba esas astucias para delinquir. Sus padres le habían educado con mucha severidad, haciéndole ver los fuegos del infierno detrás de cada acto descarriado o de cada pensamiento impuro, y él, que ya de niño tenía el temperamento melindroso, demasiado manso, había ido creciendo atormentado por los remordimientos de culpas que ni siquiera había llegado a imaginar. Cuando cumplió trece años y comenzó a sentir los instintos de la carne, las penas del espíritu se le agravaron terriblemente. Soñaba todas las noches con demonios, y en los ojos de las chicas que le gustaban veía siempre un brillo rojo. Evitaba a las mujeres como a Satanás, pero si por causalidad cometía alguna indecencia, imaginando vicios que le parecían abominables y que nunca se habría atrevido a contarle a nadie, le entraban unas fiebres nerviosas y tenía que guardar cama durante una semana, hasta que los espíritus malignos eran expulsados de nuevo con oraciones.

Los desengaños de la edad le apartaron de Dios, pero no le curaron la cobardía. Siguió siendo un hombre dócil y recto. Obedecía siempre las ordenanzas, las leyes y los mandamientos. Conducía sin sobrepasar nunca los límites de velocidad permitidos, tiraba los desperdicios y las colillas en las papeleras callejeras, pagaba sus cuotas de asociaciones y sus impuestos con puntualidad, y respetaba escrupulosamente las colas de las tiendas y de los autobuses. Era de ese tipo de individuos a los que cometer una infracción o un exceso les perturbaba. Tenía un temperamento moral que no transgía con nada, y, como todas las personas demasiado íntegras, sentía una satisfacción casi mística al evitar caer en tentaciones inofensivas. Nunca usaba para asuntos personales, por ejemplo, el material de oficina del banco en el que trabajaba: si tenía que rellenar un impreso para hacer una transferencia de su cuenta corriente o para solicitar un préstamo, dejaba el bolígrafo que había estado usando durante toda la jornada para realizar los arqueos de caja y los abonos a los clientes, y con un gesto de complacencia

sacaba del bolsillo de su chaqueta la pluma estilográfica que le había regalado su madre cuando se licenció.

Pero tal vez las flaquezas del espíritu las cría la honradez, y no el vicio, y por eso son los hombres virtuosos quienes tienen siempre los deseos más oscuros. A Benayas le gustaban las niñas párvulas, las que andaban todavía aprendiendo a leer y jugaban con muñecas. Había sido así toda la vida, desde que él iba todavía a la escuela. Mientras los muchachos de su edad suspiraban obscenamente por las maestras, Benayas sólo se fijaba en sus compañeras de pupitre, que tenían los cuerpos sin hacer, flacos y huesudos, como si se descoyuntaran al moverse. En aquella época ese gusto no le resultaba extraño, pues en las niñas encontraba semejanza. Sus padres, que eran el modelo en el que él se miraba, tenían la misma edad, de modo que imaginaba que no podía haber ningún extravío en esos amores. Pero fue creciendo y sus deseos no cambiaron. Sus amigos del instituto o de la universidad comenzaron a galantear a jovencitas de caderas redondas y de tetas grandes. Él, sin embargo, siguió rondando a las mismas chiquillas de carne seca. Iba a colegios y a parques para verlas, pero no se acercaba nunca a ellas. La fortaleza moral en la que le habían educado, que no era ya de Dios sino de los filósofos, le ayudaba a precaver la aberración.

Pero la naturaleza es siempre imperiosa, y, aunque Moisés Benayas encontraba satisfacción espiritual en la renuncia, padecía continuamente los tormentos corporales de la castidad. A sus treinta y seis años, todavía no había conocido mujer. Se daba placeres a sí mismo pensando en las niñas que veía en las escuelas o en la calle. Buscaba en las revistas fotografías de mocitas impúberes. Espiaba en las piscinas a las bañistas de poca edad que aprendían a nadar. Y los días de fiesta iba a parques de

atracciones o a cines infantiles para poder contemplar sin estorbo ni disimulo a esas mujercitas pequeñas que le encandilaban. Nunca hablaba con ellas ni se les acercaba para tocarlas. Emboscado en las sombras o en algún escondite, trataba de no llamar la atención. Miraba en secreto, amargado, y se iba luego a casa a consolarse con fantasías y delirios. La fortaleza de sus ideas le ayudaba a mantenerse firme, y si alguna vez la tentación le acuciaba demasiado, se dedicaba a hacer manualidades con la misma devoción con que el monje se entrega al rezo para olvidar el mundo. Construía con madera maquetas de barcos: veleros, galeones, bergantines, pesqueros, carabelas y corbetas. Los salones de su casa parecían océanos.

Pero los años no pasan nunca sin estragos, y cuando Benayas comenzó a ver de cerca el fin de la juventud sintió miedo. No quería morir sin haber conocido esos goces prodigiosos de los que hablaban los poetas y de los que presumían todos. Los sueños que tenía con las niñas eran cada vez más obscenos. Con los ojos todavía abiertos, imaginaba sus muslos separados y su carne dulce. Las tocaba dando manotazos al aire, curvando con los dedos la forma de las rodillas y del vientre. Veía incluso la cara de las criaturitas disfrutando como si aquellas pornografías fueran juegos de jardín o travesuras. Luego se quedaba dormido y soñaba con catástrofes. Con campos incendiados en los que ardía.

Cuando vio el reclamo pidiendo candidatos para disfrazarse de reyes magos en las navidades, no tuvo duda de que ese era su camino. Mandó una carta con su currículum (inventando algunos méritos profesionales que no poseía), telefoneó al jefe de personal de los grandes almacenes y finalmente se presentó en las oficinas sin ser convocado para entrevistarse con él y defender sus cualidades. Ese entusiasmo, que era fasti-



LUIS FERNANDO AGUIRRE



Cámara
Madrid

Delegación en Alcalá de Henares

Acceda a
todos los
Servicios de
la Cámara
desde su
Delegación.



Oferta Formativa: Enero 2001

- Incorporación de las pymes al comercio electrónico (PRINCE XXI).
- Oficina Euro.
- Financiación e información sobre subvenciones.
- Ayudas a la exportación.
- Asesoramiento sobre el Plan de Empresa y los trámites de creación
- Bases de Datos.
- Programas de formación en nuevas tecnologías.
- Certificación de Calidad (ISO 9.000; ISO 14.000; EMAS).
- Franquicias.
- Línea de Consulta Medioambiental.
- Red de Técnicos de Comercio Exterior en más de 30 países.
- Asesoría Jurídica.
- Servicio de Estudios Económicos.
- Corte de Arbitraje de Madrid.
- Publicaciones especializadas.

- | | |
|---|------------------------|
| • INVESTIGACIÓN DE MERCADOS | 08 Ene - 23 Ene |
| • DERECHO TRIBUTARIO Y SISTEMA FISCAL ESPAÑOL | 08 Ene - 02 Feb |
| • PSICOLOGÍA Y TÉCNICAS DE VENTA | 08 Ene - 09 Feb |
| • CREACIÓN DE CAMPAÑAS PUBLICITARIAS | 10 Ene - 12 Feb |
| • WINDOWS + MICROSOFT OFFICE | 10 Ene - 19 Feb |
| • WINDOWS + MICROSOFT OFFICE | 15 Ene - 14 Feb |
| • MARKETING DIRECTO | 24 Ene - 02 Feb |
| • RELACIONES LABORALES | 31 Ene - 14 Mar |



Cámara Oficial de Comercio e Industria de Madrid

Delegación en Alcalá de Henares

Plaza de la Victoria, nº 1

28802 Alcalá de Henares. Madrid

Telf.: 91 889 22 76 • Fax: 91 881 37 75

Correo Electrónico: gte2@camaramadrid.es

Especial Reyes

dioso, le valió sin embargo el puesto. Le hicieron pruebas de vestuario para comprobar su aire regio, de gala, y le contrataron inmediatamente. Una señorita, encargada de la intendencia, le preguntó en qué rey quería travestirse. Benayas eligió a Baltasar, porque creyó que con el rostro embetunado, negro, nadie podría reconocerle, y de ese modo podría escapar sin castigo aunque cometiera algún exceso.

Los días que faltaban hasta el comienzo de sus representaciones los pasó exaltado, viviendo sin sosiego. Tenía que tomar pastillas para dormir, e incluso así lo hacía intranquilamente. Ya no soñaba con demonios, sino con mazmorras y con grilletes de presidiario. Iba por la calle como alma en pena, arrastrándose igual que una serpiente. Sus compañeros del banco se preocuparon por su salud, y los jefes, que le consideraban un empleado poco propenso a fingimientos y desequilibrios, le dieron vacaciones para que descansara. Cuando llegó el día, acudió a los grandes almacenes asustado, lloroso. Tenía ojeras violáceas y en los labios le habían aparecido fillos de sangre reseco. Le sentaron en el sillón de maquillaje, frente a un espejo inmenso, y vio cómo todo eso iba desapareciendo detrás de una crema negra que le extendían

un invierno muy frío y casi todas las niñas llevaban las piernas abrigadas con pantis de lana o con pantalones, de modo que entre la tela del guante y la de las piernas, apenas había tacto en el manoseo.

Al cabo de una semana, decidió pedir que le maquillaran también la mano para poder desnudársela. Los encargados de los grandes almacenes le miraron con espanto, y para convencerles tuvo que inventar una enfermedad de huesos que se resentía de la falta de transpiración de la piel. Le pintaron las manos de negro, y así comenzó a acariciar con más sensibilidad a las chiquillas que acudían a entregarle la carta. No tenía que fingir mucho, pues cuanto más afectuoso se mostraba con ellas, más se complacían los padres que esperaban al pie del trono a que acabara. Si las sobaba con descaro, se reían. Mientras, él, iba perdiendo la prudencia. Bordeaba con la punta de sus dedos el encaje de algunas bragas, e incluso se atrevía a levantar el elástico para que las uñas rozaran la carne suave de los labios de la vulva. Entonces se excitaba como un animal y acercaba el cuerpo de las niñas a su regazo para que se apoyaran en su miembro. Aprendió incluso, con el paso de los días, a tenerlo desnudo fuera del pantalón, y cuando las criaturitas se senta-

“ Le pasó como a los enamorados: se embobó mirándola y creyó que si la tocaba la perdería ”

por la cara como si fuera alquitrán. De repente, comenzó a sentir una paz extraordinaria, una hipnosis muy dulce que le hacía olvidarse de todo. Aquel hombre de piel oscura sobre el que colocaban un turbante de telas doradas y de pedrerías era alguien a quien él no había conocido nunca. Otro hombre.

El primer día no se atrevió a hacer nada lascivo. Sentado en su trono frente a la puerta de los grandes almacenes, bajo un voladizo de cemento, iba recibiendo uno a uno a los niños que hacían cola en la calle para entregarle la carta en la que pedían sus regalos. Le habían puesto al lado, de pie, a un paje vestido de mamarracho que sostenía en alto una bandeja llena de caramelos de la que Benayas iba cogiendo para obsequiar a los niños que pasaban. Al paje, que era un hombre muy viejo, se le notaban las líneas blancas de la piel detrás del betún, y cuando comenzaba a sudar, a mitad de la jornada, le caían gotas negras por el rostro. Benayas le miraba desconfiado, temiendo que los niños se dieran cuenta del engaño y huyeran abandonándole.

Pero los niños no advertían nada extraño. Se sentaban sobre las rodillas de Benayas, le entregaban el sobre cerrado con sus deseos y luego se encogían asustados, mirándole de través vergonzosamente. Era un rey, uno de esos magos que llevaban los paquetes a las casas trepando por las fachadas en plena noche y se bebían allí una copita de anís para recobrar fuerzas. Hombres poderosos que habían conocido al hijo de Dios y le habían adorado con oro, incienso y mirra.

En los días siguientes, a Benayas se le fue pasando el miedo. Sentaba a los chiquillos en sus piernas y les daba un caramelo mientras hacía alguna zalamería con las manos para tranquilizarles. A los varones los despachaba enseguida. Con las niñas, en cambio, se entretenía conversando. Les preguntaba qué habían pedido en su carta y qué comportamiento habían tenido durante el año para merecer todos aquellos regalos que solicitaban. Y mientras hablaba con ellas, iba acariciando disimuladamente sus muslos, metiendo los dedos enguantados debajo de las faldas. Para su desgracia, era

ban les cogía la mano afectuosamente y la metía entre los mantones y capas de su traje de Baltasar para que le acariciaran íntimamente. Las niñas tocaban aquella carne sin saber qué era, con la misma inocencia con que se sujetaban a un brazo o tironeaban de una nariz jugando.

Toda pericia necesita de experiencia, y al cabo de dos semanas, cuando el final de las navidades estaba ya muy próximo y sólo iban a entregar su carta los niños rezagados, Benayas se había convertido casi en un magreador maestro. Había llegado a penetrar con un dedo la vagina de algunas niñas, dejando seguramente dentro un rastro de betún que le inquietaba, pues después de tantos años de continencia no parecía ahora sensato perder la razón tan apresuradamente. Pero no podía resistir la tentación. Se sentaba en el trono, al lado del paje anciano, y comenzaba a sobar a las niñas que iban pasando por sus manos. El resto del día, cuando no estaba allí, se sentía torturado por los recuerdos. Imaginaba las vulvas rosadas, los culos mórbidos y blancos, los pechos sin carne. Al cerrar los ojos, veía actos procaces, depravaciones terribles. No era feliz con aquellas fantasías, pero le gustaban como nunca antes le había gustado nada. Tumbado en la cama, se ponía a llorar en mitad de la noche.

A la niña Rosalía la conoció el día 5 de enero, el último de su reinado en los grandes almacenes. La vio en la cola mucho antes de que fuera su turno, alzada en los brazos de su madre y mirándole a él con embeleso. Enseguida se dio cuenta de que su belleza era especial, diferente a la de las demás niñas que habían pasado por su trono aquellos días. Tendría cuatro años, más o menos. Le faltaba un diente, uno de los colmillos, y llevaba el pelo peinado con dos moños sobre las orejas. Tenía los ojos negros, más negros que el betún de su piel de Baltasar.

Despachó con prisa a los niños que la precedían en la cola y la sentó en sus rodillas con delicadeza. Al tocar su pelo, sintió un escalofrío y se puso a temblar. Hundió un dedo entre los mechones para acariciarla. Durante un instante, se quedó parado,

LUIS G. MARTÍN



Nació en Madrid en 1962 y es licenciado en Filología Hispánica. Los críticos compararon sus figuras literarias con las de los autores del Siglo de Oro a partir de su obra *Los oscuros*.

BIOGRAFÍA

Según él mismo ha confesado, lleva escribiendo desde los ocho años y a los diez ya tenía una clara vocación y el convencimiento de que se iba a dedicar a la literatura.

En 1990 publicó el libro de relatos *Los oscuros*, escrito en cuatro meses, con influencia de Borges, García Márquez y Cortázar. *Los oscuros* ha sido traducido al italiano. En 1995 Luis G. Martín saca a la luz su primera novela, *La dulce ira*, y, más tarde, *La muerte de Tadzio*, obra que le ha proporcionado grandes elogios de la crítica.

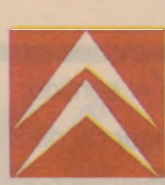
sin saber qué hacer. Pero cuando ella le dio la carta, alzándola hasta sus ojos, reaccionó rápidamente y la cogió para escamotearla entre los ropajes antes de que el paje la echara al saco y quedara perdida en él.

Benayas no se atrevió a hurgar en las bragas de la niña Rosalía ni a sobar sus muslos. Le pasó como a los enamorados: se embobó mirándola y creyó que si la tocaba la perdería. Ella sonreía enseñando la dentadura sin colmillo y hablaba de los regalos que esperaba recibir esa noche. Una muñeca gimnasta, una cocina con sus cacharros, una cartera del pato Donald y una granja de animales. Benayas, estremecido todavía, la escuchaba callado. No supo cuánto tiempo pasó, pero el paje anciano tuvo que acercarse para sacar a la niña de allí porque los padres que esperaban en la cola estaban protestando por la tardanza. Rosalía cogió los caramelos que le daban y se marchó corriendo. La siguiente niña se sentó en las rodillas de Baltasar y al darle la carta vio que la negritud de la cara se le embarraba por las lágrimas.

Moisés Benayas pasó el resto del día medio ido, atendiendo a niños a los que no escuchaba. Cuando fue la hora de salir, se levantó del trono y enfiló la calle sin pasar por los vestuarios de los grandes almacenes para desmaquillarse y quitarse aquellas ropas celestiales. En la mano, dentro de un bolsillón de la túnica, tenía la carta de Rosalía, en la que estaba escrita -con una caligrafía de mujer- la dirección. Benayas sabía que tenía que ir. Sabía que ya nunca podría regresar al banco y ser un hombre solitario como si nada hubiera sucedido. Quizás la ley, como Dios antes, tenía que acabarse.

Compró en una tienda una muñeca gimnasta, una cocina con sus cacharros, una granja de animales, vestidos, libros ilustrados, rompecabezas y golosinas, y con todo ello metido en un gran bolsón que cargaba al hombro se dirigió a la casa. Por la calle le iban señalando. Los padres se lo mostraban a sus hijos: Baltasar ya estaba trabajando, ya repartía juguetes. Él no atendía a distracciones, sólo pensaba en la niña Rosalía y en su cara de ángel.

Se puso frente a su balcón y esperó a que anocheciera y las luces de las ventanas se fueran apagando. Luego intentó trepar por los canalones hasta el tercer piso, donde vivía la niña. Se cayó justo antes de llegar. Apoyó mal uno de los pies en la cornisa de la terraza y se desplomó en silencio. Quedó en el suelo bocarriba. Rosalía, sin embargo, tuvo al día siguiente sus juguetes al pie de la cama, como si la carta hubiera llegado de verdad a su destino. La muñeca gimnasta y la cocina con cacharros.

 **AUTOMOCIÓN ALCALÁ**
Concesionario CITROËN



LES DESEA A TODOS LOS ALCALAINOS

**FELICES FIESTAS Y PROSPERO
AÑO 2001**



Esta es su casa

AUTOMOCION ALCALA, S.L.

VIA COMPLUTENSE, 113
28805 ALCALA DE HENARES

Especial Reyes

RELATOS
DE NAVIDAD

Por una buena causa, Laura, una doctora cordobesa, es capaz de entregarse en cuerpo y alma en el sentido literal de la expresión. O, al menos, aparentemente. Pues su alma es quizá un último reducto, un lugar de difícil acceso que prefiere mantener inviolable. El único donante de esta personal campaña de Navidad invertirá poco a poco su dinero, filantrópicamente, en una causa perdida como es lograr el corazón de Laura.

Una campaña de Navidad

por Gustavo Martín Garzo

Las mujeres están locas. Y les juro que no hago esta afirmación a la ligera sino tras largos años de estudio y análisis de su psicología. Crees que todo te va de maravilla con ellas y un buen día se te quedan mirando como quien enciende la luz en una habitación en que alguien acaba de morir. En ese caso ya sabes quién es el muerto y lo mejor que puedes hacer es preparar tus maletas. Me recuerdan a esas pájaras que aborrecen sus nidos. Semanas enteras trayendo y llevando palitos, largas horas de danzas nupciales, puesta de huevos y otras ocupaciones semejantes, se terminan de repente sin una razón clara que lo explique. ¿Puede entenderse esto?. Es a lo que me refiero cuando hablo de que no están muy en sus cabales. Tienen el más extraño de los instintos, el instinto del aborrecimiento.

Cuento esto por los extraños sucesos que tuvieron lugar en mi vida durante las últimas Navidades. Yo, verán, trabajo en una empresa de informática. Nos ocupamos de ese complejo mundo de los negocios en la red. Ya saben, organización de datos, páginas web... Bueno, no quiero ponerme pesado. El caso es que no me va nada mal. Llevo unos ocho meses, y mi jefe me insinuó el otro día que pensaba renovarme el contrato. Además, casi todos mis compañeros son mujeres jóvenes, mujeres en esa edad en que aún parecen recibir flores cada día. No quiero parecer un presumido, pero las mujeres siempre se me dieron bien. Supongo que porque raras veces les planteo problemas, y ellas lo único que quieren es disfrutar de las cosas. Que el amor sea como entrar en el tubo de la risa.

Laura no era una excepción. La conocí en el Centro de Salud. Mi médica estaba enferma y ella la sustituyó en la consulta. Yo padezco de arritmias. Es un problema sin importancia, neurovegetativo, pero que hace que sientas el corazón, sus latidos oscuros e interminables, lo que no es algo precisamente tranquilizador. Tuve una recaída y me encontré con ella en la

consulta. Laura me estuvo auscultando. "Está a punto de caramelo", me dijo. Yo la miré confuso. "Sí, me aclaró, mi consejo es que te enamores de alguien". Y luego, con una sonrisa maliciosa, añadió: "Por ejemplo, de mí". La llamé a la consulta al día siguiente y quedamos a cenar esa misma noche. Llevaba al cuello una cadena con una medalla de la Virgen, ya se sabe, las andaluzas están obsesionadas por las vírgenes, y Laura es cordobesa. Al terminar fuimos a un bar que conozco. Le estuve hablando de mi trabajo, y de las inmensas posibilidades que ofrece internet en

el mundo de la comunicación. Laura seguía mis palabras con una atención exagerada. Se apoyaba con los codos sobre la mesa, y su rostro parecía enmarcado entre sus brazos desnudos, como entre dos esbeltas botellas. Nunca había visto un rostro como aquel, y me parecía inconcebible que nadie lo hubiera descubierto hasta entonces. Puede que no existiera hasta el momento en que lo vi. Traté de besarla pero ella lo evitó apartando graciosamente su cara. "No te conviene", me dijo con una sonrisa, al tiempo que me ponía la mano sobre el pecho, sin duda para recordarme mis taquicardias. Luego me pidió que la acompañara hasta su casa, pues al día siguiente tenía que levantarse pronto para ir al hospital, ya que tenía guardia. Y no la volví a ver hasta el domingo. Su saludo fue un beso rápido en los labios. "Esto es un regalo por lo del otro día", me dijo con una sonrisa turbadora, "pero a partir de ahora vas a tener que pagarme. Estoy en plena campaña de Navidad". Un beso valía mil pesetas. Yo se las dí encanta-



LUIS FERNANDO AGUIRRE

“ Nunca había visto un rostro como aquel,
y me parecía inconcebible que nadie
lo hubiera descubierto hasta entonces ”

“ Yo había sacado veinticinco mil pesetas del cajero, y todo lo que pasaba de la cintura para abajo nos ponía en cifras de cinco dígitos ”

do, y repetimos. Y un poco más allá nos volvimos besar. Esta vez más lentamente, haciendo que nuestras bocas se mantuvieran unidas y activas un buen rato. “El beso completo”, murmuró emocionada cuando nos separamos, “cuesta el doble”. Casi no le salía la voz, y sus ojos brillaban como los ojos de un niño que acaba de dejar escapar el globo que ha llevado en su mano durante toda la mañana. Le di lo que me pedía y nos dirigimos al Campo Grande. Había helado durante la noche y los árboles estaban cubiertos de escarcha. Todo permanecía silencioso, y nosotros caminábamos agarrados de la mano. Sólo me quedaban tres mil pesetas. “¿Qué puedo hacer con esto?” le pregunté, al tiempo que me ponía delante y la tomaba por la cintura. Laura cogió el dinero y me llevó a un rincón más apartado. “Puedes meter la mano por aquí”, murmuró abriéndose los botones de su abrigo. Nos estuvimos besando y enseguida estaba peleándome con los pequeños botones de su blusa. Laura puso fin a mis incursiones. “Sólo por encima del jersey”, me dijo. Al percibir mi contrariedad, trató de justificarse. “Este dinero no me pertenece”, me explicó. “Hago esto para ayudar a los niños que no tienen nada”. Y empezó a hablarme de todas las calamidades que pasan los niños pobres en el mundo. De la necesidad de vacunas, de médicos que los atiendan, y de cómo mil pesetas, que nosotros la malgastamos en un simple aperitivo, a ellos pueden resolverles la comida de varios días. No sabía si me estaba tomando el pelo o no, pero la determinación de sus ojos era tal que no volví a intentar nada. Estuvimos viendo las ardillas. Es curioso, porque en los parques no hibernan, tal vez porque la gente les sigue trayendo comida. Iban y venían de los árboles cogiendo las nueces que las daban, que abrían con la precisión de los desactivadores de bombas. Me imaginé lo que tenía que ser una ardilla, y tener al lado un árbol que fuera como Laura. Un árbol llamado Laura, lleno de escondites y de lugares tibios para guardar las nueces. Y pasar todo el invierno sin salir de allí. Luego cuando la dejé en su casa, la calle me pareció más triste que nunca. Deseaba que viniera detrás de mí, y que me gritara algo, pero no lo hizo.

Nos volvimos a ver dos días después. Fuimos al cine y estuvimos toda la película recogiendo fondos para los niños necesitados. Yo había sacado veinticinco mil pesetas del cajero,

y todo lo que pasaba de cintura para abajo nos ponía en cifras de cinco dígitos. Tuve que administrar mi dinero con mano férrea. Bueno, fue como estar con una sirena. La tenía en mis brazos y sentía su cola de pescado, y aquella piel tan suave que parecía vecina de las algas y de las colonias de esponjas. Pensarán que estoy loco, pero puedo asegurarles que no debe ser mala vida, la del fondo del mar. Las sirenas tienen raras habilidades, sobre las que por otra parte, y según pude comprobar enseguida, las hembras humanas están perfectamente informadas.

Hubo otros días, en los que invertí gozosamente un total de doscientas cincuenta mil pesetas, y por fin llegó Noche Buena. Los dos estábamos separados de nuestras familias, y decidimos cenar juntos en mi casa. Como es lógico me pasé por el banco y saqué todos mis ahorros, cuatrocientos setenta mil pesetas. Pensaron que estoy loco pero ustedes no conocen a Laura, y puedo asegurarles que es el dinero mejor gastado de mi vida. Incluso tengo una carta de UNICEF, agradeciéndome mi generosa ayuda a los niños necesitados del mundo. Lo malo es que a partir de entonces Laura empezó a rehuirme. La llamaba y siempre estaba ocupada, muchos médicos estaban de vacaciones y a ella le tocaba suplirlos en las guardias. Una tarde fui a verla al hospital. Nunca debí hacerlo, pues no la gustó. Estuvo distante conmigo, y me despidió con un beso en la frente que recordaba los que se dan a los difuntos en su ataúd. Cuando días después volví a llamarla me dijeron que ya no trabajaba en el hospital. Ya saben, como esas pájaras que aborrecen lo que es suyo porque alguien se cuela en su nido. Entonces empezó a pasarme una cosa. Iba por la calle y los ojos se me iban detrás de las mujeres y de los niños que veía. Eran como esas criaturas que en las guerras se ven aparecer ilesas entre la nube de polvo, tras las explosiones. Nosotros, los hombres, nos parecíamos a los bueyes. Verán, esta imagen se la debo a Laura. Su abuelo solía contarles que la víspera de Navidad, al llegar la medianoche, los bueyes se arrodillaban sobre el heno, conmovidos por el nacimiento de aquel niño tan perseguido. Entonces había que irse a la cama sin meter bulla, para no perturbar esa paz maravillosa. Y el caso es que también empecé hacerlo yo. Bueno, son los delirios del corazón abandonado. Entraba en un portal, me arrodillaba en su

G. MARTÍN GARZO

Es uno de los autores con más reconocimiento de su generación. Su carrera como escritor se ha consolidado al recibir el premio Nadal, el Nacional de Narrativa y el Miguel Delibes de literatura.



BIOGRAFÍA

El escritor vallisoletano entronca con la tradición literaria de Miguel Delibes, Francisco Umbral y José Jiménez Lozano. Nació en la capital castellana en 1948, y allí es donde reside actualmente.

Se trata, sin duda, de una de las nuevas figuras de la literatura española contemporánea, consolidado ya ante la crítica y los lectores. Con libros como *El lenguaje de las fuentes* y su premiada novela con el Nadal, *Las historias de Marta y Fernando*, Gustavo Martín Garzo pasó a convertirse en uno de los autores favoritos del gran público. De hecho, sus obras han sido traducidas a varios idiomas, por lo que el autor cuenta también con el reconocimiento internacional.

Ha publicado recientemente *El valle de las gigantas*, su última novela. Además de la literatura para adultos, Gustavo Martín Garzo ha editado en las últimas semanas el libro infantil titulado *Una miga de pan*, en el que rinde homenaje al literato vallisoletano Francisco Pino. *Una miga de pan* se trata de una historia en la que su protagonista, como en los cuentos clásicos, se debe enfrentar a un mundo de incertidumbres y encontrar su propio camino.

El autor de *Las historias de Marta y Fernando* también cuenta en su haber con las novelas *Marea oculta*, *La princesa manca*, *La vida nueva*, *Ña y Bely* y *El pequeño heredero*.

Martín Garzo, asimismo, se ha introducido en el mundo del periodismo con distintas aportaciones como articulista. En estos momentos, es colaborador habitual de *El Día de Valladolid*, *El Correo de Andalucía*, *Odiel Información* y *Jaén*, entre otros.

rincón más oscuro, y me imaginaba lo que tenía que ser estar allí, entre los bueyes, conteniendo la respiración mientras Laura se ocupaba de poner en su sitio a tanto ángel avisado, en el fondo auténticos psicópatas, como anda suelto por el mundo. Y una tarde, estando con los ojos cerrados, oí una voz a mis espaldas. “Has debido cometer un pecado muy gordo”. Era Lucía, y me miraba desde el descansillo de las escaleras con los ojos redondeados por el incipiente amor. Eso me dijo luego, que le resultó tan gracioso, arrodillado en la penumbra del portal, que a pesar de no conocerme de nada se enamoró al instante de mí. Salimos juntos desde entonces y tenemos pensado casarnos a comienzos de junio. Es mal asunto este de caerles en gracia a las mujeres. Antes o después terminas formando parte de sus campañas de Navidad.

DESCUENTO DE LETRAS

(Corto y largo plazo)

DESCUENTO DE PAGARÉS en 24/48 horas.

GRANDES EMPRESAS EN EL ACTO

639 987 363

Especial Reyes

RELATOS DE
NAVIDAD

A través del ojo de una mirilla, un hombre y una mujer espían un belén navideño. Dos miradas distintas, pero complementarias, que nos llevan paseando de la mano entre los pastores y los muñecos de Disney que forman parte de este escenario. Un belén construido con manos infantiles que, por unos minutos, permite a dos adultos convertirse en figurantes de la escena navideña y dejarse sorprender por la inocencia de un niño.



Descripción de un belén

por Bernardo Atxaga

La puerta principal de la casa donde está el belén tiene unos diez orificios de bala, y el ojo que mira hacia el interior por el último de la serie, que es el más grande y tiene forma de estrella, se fija primero en un grupo de casitas de corcho pintadas en su mayoría de blanco. Las casitas tienen aire judío o árabe, con ventanas muy estrechas y techos en forma de cúpula, y representan a las que hace unos dos mil años hubo en el pueblecillo que los profetas llamaron grande por ser el lugar en el que, por voluntad de Dios, debía nacer Jesús. El conjunto, que además de las casitas consta de una palmera de plástico con las ramas muy verdes y de dos torres terminadas en punta, tiene encanto; más aún desde donde está mirando el ojo, ya que el orificio de la bala reduce el campo visual y otorga a los objetos del otro lado de la puerta una proximidad agradable, una cierta aureola.

- Aquí podría haber algo -dice una voz masculina con el tono de quien se dirige a alguien

que está cerca. Pero nadie contesta, y el comentario se disuelve en el aire.

El ojo se cierra durante unos instantes y luego vuelve a fijarse en el belén, aunque cambiando ligeramente de posición y centrando la mirada en la colina que asoma por detrás de las casitas. Cubierta toda ella por musgo, la colina acaba en una zona plana y rectangular, como si le hubieran adosado una caja de zapatos, y sobre ella avanzan los tres Reyes Magos: primero Melchor, sentado de lado sobre la silla del camello, con su corona dorada y su barba blanca; después Gaspar, también con barba, también montando de lado, pero sin el aire noble y magnífico de Melchor; luego por fin, Baltasar, el único negro, el único sin corona, el único sonriente.

- ¿Hasta qué punto fueron responsables los Reyes Magos de la matanza de los niños de Belén? -dice la misma voz masculina de antes con sarcasmo -. Me refiero a que si ellos no hubieran ido por ahí hablando de la estrella y del nuevo rey de los judíos, Herodes no habría tomado represalias.

- Pero, ¿qué es lo que estás viendo? - pregunta una voz de mujer con evidente nervio-

sismo.

- Un belén -dice la voz masculina en un suspiro a la vez que el ojo desaparece del agujero estrellado de la puerta.

- Vámonos de aquí. Un belén no nos sirve de nada -dice la voz femenina.

- Espera un poco, por favor -dice la voz masculina. Un segundo después el ojo vuelve a estar en el agujero. Es un ojo de color azul.

Desde la base de la colina por la que avanzan los Reyes Magos surge un riachuelo de papel de plata en cuyo primer tramo nadan tres patos de color amarillo y dos ocas blancas de pico anaranjado. Un poco más abajo, en un segundo tramo más ancho, un pescador con túnica y turbante lanza su caña hacia algo que en un primer momento resulta difícil de identificar pero que luego, tras una observación más detenida, se revela como una oveja patas arriba. El efecto no llega a ser cómico, pero la voz masculina murmura algo sobre la buena pesca y ríe con una risa que parece una tos.

- Déjame ver, por favor -dice la voz femenina. En el agujero de la puerta, un ojo marrón claro sustituye al ojo azul.

Una de las figuras que avanza por la colina, concretamente la segunda, la que representa al Rey Mago Gaspar, está algo deteriorada. Aparte de tener una rasgadura en su manto rosa, su brazo derecho no está en el lugar que le corresponde, sino en el suelo, asomando de entre el musgo como un gusano de color primero rojo y luego dorado. En cuanto a Baltasar, tampoco parece indemne: su tronco, cubierto con una túnica verde, no

“ - Déjame ver, por favor -dice la voz femenina. En el agujero de la puerta, un ojo marrón claro sustituye al ojo azul ”

encaja del todo bien en su cintura, y el desajuste aporta a su vestuario una especie de fajín blanquecino.

El ojo marrón claro parpadea unas cuantas veces y luego recorre con rapidez el grupo de casitas que representan a Belén y el riachuelo de los patos, las ocas, el pescador y la oveja. Cuando se detiene y fija la mirada, se encuentra con un molino de viento de tamaño desproporcionado, tan grande que sus aspas quedan a la altura de la colina de los Reyes Magos. La construcción, que también es de corcho, carece de pared frontal, y deja ver lo que ocurre en el interior: el molinero carga con un saco de harina mientras que dos mujeres, una mayor y otra joven, amasan el pan sobre una mesa. No lejos de ese pequeño grupo de personas, cinco o seis gallinas picotean algún que otro grano de trigo mientras que, desde el camino de serrín que flanquea el molino, una mujer que lleva un cántaro levanta su mano libre en ademán de saludo. Sólo una de las figuras que están cerca responde al saludo: Mickey Mouse.

-Hay juguetes, Ivo -dice la voz femenina. El ojo marrón claro desaparece del agujero de la puerta-. Uno de esos muñequitos de Walt Disney.

-Déjame ver -dice la voz masculina, y el ojo azul vuelve a mirar hacia el belén.

Mickey Mouse lleva jersey rojo y pantalones azul turquesa, y cubre su cabeza, cabeza de ratón orejudo, con un capirote amarillo que termina en borla. Su boca, grande, así como la nariz puntiaguada o la forma ovalada de sus ojos, dan al personaje un aire de pasmarote, como si extrañara el lugar y la compañía. Sin embargo, tanto su brazo derecho -que sostiene un helado-, como el izquierdo -que parece corresponder al saludo de la mujer del cántaro-, desmienten esa primera impresión.

El ojo azul recorre poco a poco el camino de serrín en busca de otras figuras, y tropieza enseguida con un puente que cruza el río.

jersey negro, agita la mano derecha señalando la colina de los Reyes Magos. Frente a él, Pluto pone los brazos en cruz mientras que, con la cabeza -tocada de un sombrero verde -, señala hacia el lado opuesto; hacia el portal donde Jesús acaba de nacer, probablemente.

-¿Qué te parece el puente? -dice la voz masculina.

-Los muñequitos son muy bonitos -responde la voz femenina. Durante unos instantes, el ojo marrón claro se aparta del agujero estrechado de la puerta. Luego vuelve a acercarse.

-Es el único que ha debido de quedar entero.

-No te entiendo.

La voz femenina comienza a tener un deje agresivo. Quiere seguir observando el belén.

-Que el puente donde están Mickey Mouse y Pluto es el único que ha debido de quedar sin bombardear en cien kilómetros a la redonda - dice la voz masculina, ahora más estridente. La frase termina con una tos.

-Déjame mirar, por favor.

El ojo marrón claro cambia de lugar y se coloca en el primero de los agujeros de bala de la puerta, situado a la izquierda, hacia los goznes, y no para de moverse hasta que logra dar con su objetivo: el portal donde María, José, el asno y el buey rodean al niño. María parece muy joven, muy bonita; José, en cambio, muy viejo; el asno y el buey recuerdan efectivamente a un asno y a un buey, pero la distancia y las sombras del portal no permiten distinguir ningún detalle en especial. Y lo mismo ocurre con el niño. Desde el agujero de la puerta resulta prácticamente invisible.

Quizás por el esfuerzo de mirar siempre hacia el mismo punto, el ojo marrón claro permanece cerrado durante unos cuatro o cinco segundos. Cuando se vuelve a abrir, observa de pronto que al lado del portal hay un caballo de cartón pintado de azul y moteado de blanco, y el descubrimiento le hace cambiar de agujero. La nueva mirada confirma su

BERNARDO ATXAGA



En 1989 obtuvo el Premio Nacional de Narrativa por su obra *Obabakoak*, que ha sido traducida a veinte lenguas y publicada en Estados Unidos por la editorial Pantheon, de Nueva York.

BIOGRAFÍA

Nació en 1951 en la localidad guipuzcoana de Asteasu (1.172 habitantes). Su incursión en la literatura se produjo a principios de los años setenta, y se convirtió rápidamente en una de las figuras más representativas de la última generación de escritores vascos. Atxaga, como icono de este grupo de literatos, señalaba la dificultad de los comienzos: "Yo diría que la primera obligación de un lenguaje literario es la de no molestar. Y ahí es donde, por falta de antecedentes, por falta de un número de libros suficiente como para crear costumbre, nos duele. Y nos dolía mucho más allá por los años setenta"

Es autor de obras de poesía, relatos y novelas tanto para adultos como para niños. Además ha desarrollado actividades dirigidas a la docencia y ha impartido clases de Narrativa Hispánica en la Universidad de Atlanta, durante los primeros seis meses de 1998.

En 1976 publica su novela corta *Ziutateaz*, a la que le sigue un libro de poemas dos años después bajo el título *Etiopía*. Autor versátil y con ganas de experimentar, Bernardo Atxaga se mueve en casi todas las formas que le ofrece la literatura. En los años 80, Atxaga publica dos de sus obras más conocidas: *Bi Anai*, en 1984 y, cuatro años después, *Obabakoak*, una recopilación de 26 relatos independientes, unidos por una misma realidad lírica y homogénea.

discutiendo sobre el puente y parecen más animados que nunca, todos los demás personajes, desde los Reyes Magos hasta el molinero, los pastores o San José, parecen mortecinos, con menos luz que antes, más quietos.

-Démonos prisa -dice el hombre. Luego coge a Pluto y a Mickey Mouse y los mete en el bolsillo de su gabán. A continuación hace lo mismo con el Mickey Mouse de capirote amarillo, el indio, el vaquero y el resto de los muñequitos.

-Mira esto. Es una maravilla. Un auténtico juguete -dice la mujer cogiendo el caballo de cartón y mostrándolo.

-Es muy bonito, sí -dice el hombre. Sin embargo, su comentario suena a falso. En realidad, no está pensando en el caballo sino en la fotografía que acaba de ver en el portal del belén, entre el buey y el asno, junto a la figurilla que representa al Niño Dios.

-¡Pobrecito Miroslav! - exclama el hombre de forma casi ininteligible fijando la vista en la fotografía donde, al pie del retrato, una mano ha escrito una frase lacónica, un epitafio: Miroslav Generalic 1989-1995.

El hombre muestra la fotografía a la mujer.

-Mira. Se parece un poco al nuestro -dice. -El nuestro está vivo -responde la mujer rehusando mirar al niño de la fotografía-. ¡Vámonos! ¡Deja la fotografía donde estaba y vámonos de una vez!

El hombre asiente con la cabeza y deja la fotografía junto a la figurilla del Niño Dios. Luego sale de casa tras los pasos de la mujer.

“ - Hay juguetes, Ivo -dice la voz femenina. El ojo marrón claro desaparece del agujero de la puerta-. Uno de esos muñequitos de Walt Disney ”

Hecho de tablillas, de unos cinco centímetros de ancho, parece el lugar más transitado del belén: además de varios pastores cargados de corderos, están allí un jugador de fútbol en ademán de chutar, un ciclista en plena carrera, un indio a caballo, un vaquero con la pistola desenfundada, un tigre de color naranja y la pareja formada por Mickey Mouse y el perro Pluto.

-Es verdad. Hay muchos muñequitos -dice la voz masculina en tono bastante bajo.

-¿Cuántos?

La voz femenina suena ansiosa.

-No sé. Por lo que he podido ver hasta ahora, unos nueve o diez.

-¿De Walt Disney?

-Mira tú misma.

En el centro del puente Mickey Mouse y Pluto parecen discutir acerca de la dirección a tomar. Mickey Mouse, vestido esta vez con bastante sobriedad, con pantalones rojos y

impresión.

-Dame la palanqueta - dice la voz femenina.

-¿Tú crees que merece la pena? Sólo son unos muñequitos -dice la voz masculina. Su tono indica recelo, y quizás también miedo.

-Hay más cosas -dice la voz femenina.

La puerta cede a la presión de la palanqueta, y el hombre del ojo azul y la mujer del ojo marrón penetran en la casa. Ninguno de los dos tiene más de treinta años. Están mal vestidos, y parecen ser muy pobres. Parece incluso, a juzgar por su delgadez, que no tienen ni para comer.

-Entorna la puerta -dice la mujer metiendo la palanqueta en uno de los bolsillos interiores del abrigo.

Los dos contemplan el belén. A pesar de que la visión resulta ahora más cómoda, las figurillas parecen haber perdido encanto. Excepto Mickey Mouse y Pluto, que siguen



COMPLEJO TURÍSTICO «EL GURUGÚ»

Que el Nuevo Año os traiga un Milenio de felicidad

Ctra. Pastrana, km. 5 - Teléfono: 91 881 53 70 / 91 881 03 82. Fax: 91 883 17 15 VILLALBILLA



Especial Reyes

RELATOS
DE NAVIDAD

Es un testigo atrapado en el tiempo y alrededor de una mesa en una de las celebraciones navideñas. Una auténtica pesadilla hasta para los más nostálgicos de la Navidad. Supone aguantar una y otra vez las conversaciones de estos banquetes, a veces insulsas, las bromas sin gracia de aquel primo insoportable, el momento en que el abuelo se regodea en sus recuerdos y, cómo no, el sobrinito que incordia toda la velada.

El
reloj

por Benjamín Prado

Justo antes de darse la vuelta, Juan pensó que les había visto así miles de veces; que les había visto exactamente así, sentados cada uno en su lugar de toda la vida y repitiendo una por una sus palabras de siempre, uno tras otro sus ademanes y sus movimientos de siempre, como si en realidad no fueran ellos mismos, sino un grupo de actores que interpretaban una farsa: su madre servía los platos poco a poco, con un arbitrario gesto de resignación y de entereza, igual que si no estuviese en aquel cuarto, dándole a su familia la cena de Navidad, sino despidiéndose de ella en un puerto o en una estación de tren; sus hermanas, María Ángeles y María Jesús, estaban en un extremo de la mesa y se contaban historias sobre sus hijos igual que si echasen un pulso; en el extremo opuesto, su padre, que entre bocado y bocado recalaba cualquier cosa que dijera moviendo en el aire unos cubiertos que, en sus manos, parecían un arma, hablaba de lo que había comido el día antes y de lo que pensaba comer el día siguiente; sus cuñados, Fernando y Fernando, metían cizaña con bromas sobre el menú, quejándose de que algo estaba duro, o frío, o espeso, o amargo.

-¿A ti no te parece que esta sopa está helada? -decía uno de los dos.

-Sí, y un poco sosa -contestaba el otro.

-Y el vino, ¿lo has probado?

-Desde luego: puro vinagre. Y el pan es de ayer. Y los filetes están llenos de nervios.

-Pues estos no es que estén mal -terciaba el padre, agitando el tenedor encerrado en un puño-, pero la temera de ayer era más jugosa.

-Imagínate si era jugosa -decía María Ángeles-, que Carlos se comió seis trozos. Yo creí que se ponía malo.

-Y Diego y Víctor igual -contestaba María Jesús-. Si estos, cuando algo les gusta... Yo creo que debieron de repetir por lo menos cuatro o cinco veces.

-¡Oooooohhhhhh, Dios mío, cuatro veces, ni más ni menos! -se burló Carlos, que era el mayor de los cinco niños de la familia y que, en aquel momento, salía de debajo de la mesa acaudillando a sus primos. Ése era uno de sus juegos, ya clásicos, en todas las celebraciones: meterse bajo la mesa para espiar lo que dijeran los adultos.

-¿Queréis salir de ahí y dejar de hacer el tonto? -gritó María Jesús.

-¡Déjales, que se diviertan! Quiera Dios que el año que viene estemos todos juntos -dijo la madre, dejando escapar un suspiro fúnebre, premonitorio.

-¿Os acordáis de aquel bar donde parábamos siempre, de camino a Oviedo? -dijo el padre, incongruentemente- Aquel de los bocadillos. ¡Ahí sí que era buena la carne!

En ese momento fue cuando Juan, que iba en busca de algo a la cocina, le dio un golpe al reloj. Fue un golpe insignificante, casi rutinario, que no



LUIS FERNANDO AGUIRRE

tenía por qué hacerle pensar en cristales quebrados ni en maquinarias rotas, pero él, no sé si por intuición o por puro fatalismo, tuvo la certeza de que cuando lo mirase se habría parado. Y así era: las manecillas marcaban las doce menos cinco, el segundero estaba inmóvil y al acercárselo a la oreja no oyó nada, ningún tictac ni signo de vida alguno.

-¡Maldita sea mi suerte! Me he cargado el reloj -dijo, casi aullando de rabia, y luego se fue a la cocina para soltar un juramento a solas, lejos de su madre y de los niños.

-¿Queréis salir de ahí y dejar de hacer el tonto? -gritó a su espalda, por segunda vez, María Jesús.

En la cocina, Juan se quedó contemplando el reloj con incredulidad, lo observó durante mucho tiempo, como en estado de hipnosis, hasta que la esfera blanca y los diminutos números de oro se hicieron borrosos, se transformaron en una mezcla de nácar y metales sin utilidad alguna, sin ningún sentido.

A continuación, llegó el turno de las lamentaciones, la letanía inútil de pero por qué demonios me habré tenido que levantar, por qué no llevé más cuidado, por qué mi madre no pudo pedirle a otro que viniese a por más agua, en lugar de decir lo de siempre, Juanito, hazme el favor, acércate a por

una jarra a la cocina, qué barbaridad, tengo treinta y ocho años y no hay manera humana de que deje de llamarme Juanito.

Después, dio un vistazo a su alrededor y allí estaban las cosas de siempre en sus lugares de siempre, los botes de legumbres de color azul ultramar, el salero en forma de gallo traído de Lisboa, las seis tazas de porcelana china, el libro de recetas en el que una vez, cuando tenía ocho o nueve años... Se interrumpió a sí mismo, con una mueca malhumorada, como si todas aquellas cosas ya no fueran objetos reconfortantes, sino la causa de su infortunio.

-Para una cosa bonita que tengo -se dijo-, habrá que ver lo que cuesta repararlo, si es que se puede. Qué asco de vida.

Volvió de mala gana al comedor. Todos estaban en sus puestos, igual que antes, ajenos a su desgracia.

-¿Os acordáis de aquel bar donde parábamos siempre, de camino a Oviedo? -estaba diciendo otra vez su padre- Aquel de los bocadillos. ¡Ahí sí que era buena la carne!

Juan se detuvo en medio del cuarto y levantó la mano izquierda, con un gesto de derrota, para que todos viesen su reloj averiado.

-Me lo acabo de cargar -anunció solemnemen-

te-. No sabéis el disgusto que tengo. La cosa que más me gustaba en el mundo...

-¿A ti no te parece que esta sopa está helada? -dijo uno de los cuñados, siguiendo con el chiste e ignorándole por completo.

-Sí, y un poco sosa -contestó el otro.

-Y el vino, ¿lo has probado?

-Desde luego: puro vinagre. Y el pan es de ayer. Y los filetes están llenos de nervios.

La cara de Juan se crispó.

-¿Es que vosotros dos no podéis dejar de comportaros como bufones, pase lo que pase? He dicho que le di un golpe a mi reloj y lo he estropeado. No veo por qué...

-Pues estos no es que estén mal -le cortó su padre-, pero la temera de ayer era más jugosa.

Juan volvió a mirarlos a todos con auténtico odio. ¿Es que no sabían lo importante que era aquel reloj para él?

-Vale, simpáticos, os juro que me estoy muriendo de risa -dijo-, pero me voy aún me voy a reír mucho más cuando a uno de vosotros le ocurra una desgracia, porque entonces...

-Imagínate si era jugosa -soltó María Ángeles- que Carlos se comió seis trozos. Yo creí que se ponía malo.

-Y Diego y Víctor igual -contestó María Jesús. Si estos, cuando algo les gusta... Yo creo que debieron de repetir por lo menos cuatro o cinco veces.

-¡Iros al infierno! -gritó Juan, antes de darse media vuelta y salir de la habitación dando un portazo.

Ahora vendrían a pedirle disculpas, pensó mientras entraba en su antiguo dormitorio y se tumbaba en la cama. Se darían cuenta de que se habían excedido. Pero les estuvo esperando en vano. Nadie apareció para disculparse y lo único que pudo oír, un segundo antes de quedarse dormido, fue al pequeño Carlos, diciendo en un tono de burla absoluto:

-¡Oooooohhhhhh, Dios mío, cuatro veces, ni más ni menos!

Le despertó la claridad de la mañana. Se sentía bien, relajado y cómodo, protegido por aquellas paredes color crema de su infancia, por el olor a madera y a tinta de su vieja habitación. Sin embargo, todo aquello se esfumó de golpe cuando fue a mirar la hora: allí estaban el reloj inservible, sus manecillas paradas a las doce menos cinco, su segundero inmóvil. Se pasó una mano por la cara. Qué extraño, su mentón estaba aún suave, afeitado, como si durante la noche no le hubiese crecido la barba.

Se levantó y fue a la cocina, puso un poco de leche al fuego y empezó a prepararse unas tostadas. Al fondo de la casa, en el comedor, se oían algunas risas, de manera que algunos de sus familiares ya estaban levantados. Empezó a andar hacia el comedor. Tal vez ahora le pedirían disculpas por su comportamiento de la noche antes.

Cuando entró en el cuarto, todo el mundo estaba sentado a la mesa principal, cada uno en su puesto de siempre, vestidos igual que durante la cena. Juan los miró con incredulidad.

-¿Pero qué demonios...? -empezó a decir, aunque se detuvo al ver que Carlos y los otros niños emergían de debajo de la mesa y María Jesús les gritaba:

-¿Queréis salir de ahí y dejar de hacer el tonto?

Volvió a pasarse la mano por el mentón suave, sin sombra alguna de barba. Luego, miró de nuevo el reloj: las doce menos cinco.

-¡Déjales, que se diviertan! Quiera Dios que el año que viene estemos todos juntos -dijo su madre, dejando escapar un suspiro.

Juan se apoyó en la pared, sintiéndose mareado.

-¿Os acordáis de aquel bar donde parábamos siempre, de camino a Oviedo? -intervino su padre- Aquel de los bocadillos. ¡Ahí sí que era buena la carne!

-¡Parad! -les suplicó Juan, sintiendo que le temblaban las piernas- ¿Os habéis vuelto locos? ¡Callaos de una vez!

Pero lo cierto es que no debieron oírle, porque uno de los cuñados dijo:

-¿A ti no te parece que esta sopa está helada?

BENJAMÍN PRADO



Premiado con el Hiperión de poesía con *Cobijo contra la tormenta*, en 1996, Benjamín Prado también ha escrito novelas. Obtuvo un gran éxito con la primera de ellas, *Raro*, en 1995.

BIOGRAFÍA

Nacido en Madrid, en 1961, Benjamín Prado (Madrid, 1961) ha combinado el periodismo con la poesía, hasta que con su primera novela, *Raro*, se hizo también con el reconocimiento de la crítica y el público. Ganador del premio Andalucía con *Zona Roja*, Benjamín Prado se asienta como uno de los escritores con mayor potencial creativo de nuestro país. Encumbrado a la fama con una novela sobre frustraciones y fracasos a lo largo de tres generaciones, la obra hace un completo recorrido por las vivencias de una misma familia, donde el territorio de la realidad no tiene mucho que ver con lo que soñaron un día. Abismos surcados por realidades que se confunden con el deseo son el hilo argumental de la obra de Prado.

Además de varios libros de poesías, Prado ha publicado las novelas *Raro*, *Nunca le des la mano a un pistolero zurdo*, *Dónde crees que vas y quién te crees que eres*, *El corazón azul del alumbrado*, *Alguien se acerca* y *La nieve está vacía*.

Y el otro le contestó:

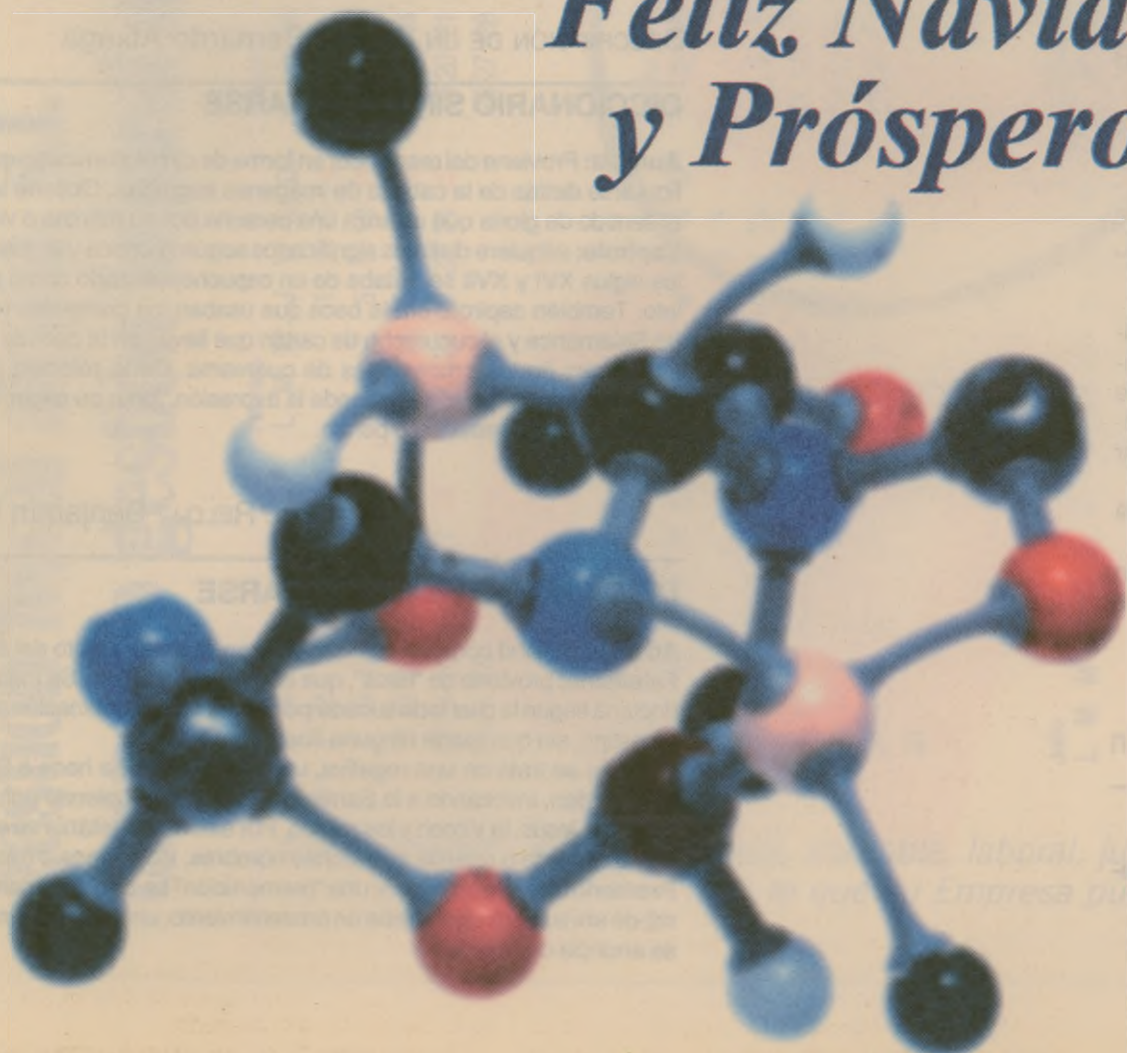
-Sí, y un poco sosa.

-Y el vino, ¿lo has probado? -insistió el primero.

-Desde luego -dijo el otro-: puro vinagre. Y el pan es de ayer. Y los filetes están llenos de nervios.

Juan miró otra vez su reloj. Naturalmente, aún marcaba las doce menos cinco.

**Desde Química Sintética
queremos desearos una
Feliz Navidad
y Próspero Año Nuevo**



**Química
Sintética S.A.**

Especial Reyes

TERROR DE AÑO NUEVO / Manuel Vicent

DICCIONARIO SIN LEVANTARSE

Zamarra: prenda de vestir, rústica, hecha de piel con su lana o pelo. También se utiliza para definir una pelliza, chaqueta de abrigo, o, simplemente, la piel de carnero.

Perro pachón: el de raza muy parecida a la del perdiguero, pero con las piernas más cortas y torcidas, la cabeza redonda y la boca muy grande.

QUÉ SILENCIO TAN RARO / Enriqueta Antolín

DICCIONARIO SIN LEVANTARSE

Confianduzo: crédulo, imprevisor. También son aquellas personas propensas a comportarse con familiaridad en el trato. Incluso el término puede adquirir un matiz despectivo al referirse a quien se toma excesivas confianzas.

Rictus: etimológicamente se entiende como la contracción de los labios que deja al descubierto los dientes y da a la boca el aspecto de risa. Sin embargo, el significado que se utiliza habitualmente es el del aspecto fijo o transitorio del rostro al que se atribuye la manifestación de un determinado estado de ánimo.

NOCHEBUENA / Clara Sánchez

DICCIONARIO SIN LEVANTARSE

Achispas: poner casi ebria a una persona.

Cernir: Su acepción original se refiere a la acción de separar con el cedazo la harina del salvado, o cualquier otra materia reducida a polvo, de suerte que lo más grueso quede sobre la tela, y lo sutil caiga al sitio destinado para recogerlo. Pero en sentido figurativo cernir o cerner se entiende como una amenaza cercana de algún mal.

Escenografía: se trata del arte de proyectar o realizar decoraciones estéticas. También se entiende como un conjunto de decorados en la representación escénica. En sentido figurado la escenografía suele ser un conjunto de circunstancias que rodean un hecho o una actuación.

Estridencia: sonido agudo, desapacible y chirriante.

Farra: juerga, jarana, parranda. En países como Argentina y Uruguay una farra es una burla.

Fastuoso: fastuoso, o faustoso en su acepción original, proviene de fausto, que significa gran ornato y pompa exterior. Lo fastuoso se entiende, así, como lo ostentoso, el lujo extraordinario, amigo del fausto.

PROVERBIOS, 5.20 / José Machado

DICCIONARIO SIN LEVANTARSE

Abisal: abismal, perteneciente al abismo.

Dilapidar: malgastar los bienes propios o los que alguien tiene a su cargo.

Lumis: ramera, prostituta.

FALSOS RETRATOS / Fernando G. Delgado

DICCIONARIO SIN LEVANTARSE

Algarabía: originalmente, "algarabía" es una lengua árabe. Su significado derivó hacia la acepción de lengua o escritura ininteligible. Sin embargo, actualmente, la aplicación más habitual de este término se refiere a un griterío confuso de personas que hablan al mismo tiempo. Se mantiene también la significación de hablar atropelladamente, sin pronunciar bien las palabras.

Designio: pensamiento, propósito del entendimiento o aceptado por la voluntad.

Nefasto: proviene de la palabra latina "nefas", que significa "injusto". En principio, se aplicaba a un espacio temporal, pero por extensión se entiende con igual sentido a personas o cosas desgraciadas.

Pláceme: felicitación.

LOS AMORES DEL REY BALTASAR / Luis G. Martín

DICCIONARIO SIN LEVANTARSE

Corbeta: embarcación de guerra, con tres palos y vela cuadrada, semejante a la fragata pero más pequeña.

Emboscarse: entrarse u ocultarse entre el ramaje.

Escamotear: robar o quitar una cosa con agilidad o astucia.

EL CONVIDADO DE HIELO / Jesús Ferrero

DICCIONARIO SIN LEVANTARSE

Bruma: niebla, especialmente la que se forma sobre el mar. En su significado original, "bruma" es sinónimo de solsticio de invierno.

Cormorán: cuervo marino.

Danzarín: persona que danza con destreza. Es un sinónimo de bailarín, aunque en otras derivaciones como "danzante" muestra otras connotaciones. Ser un danzante es ser una persona ligera de juicio. También existe diferencia entre "danzarín" y "danzador". Danzador es una persona que danza, lo que no implica que lo haga con destreza como en el caso del "danzarín".

Escuálido: su primera acepción es como sinónimo de sucio o asqueroso. En segundo lugar, adquiere ya el significado de flaco o macilento. Por último, un "escuálido" es también un tipo de pez (cazón, lija...).

Trotamundos: persona aficionada a viajar y recorrer países.

Pernoctar: pasar la noche en determinado lugar, especialmente fuera del domicilio.

Piqueta: herramienta de albañilería, con mango de madera y dos bocas opuestas, una plana como de martillo, y otra aguzada como de pico.

Venturoso: el que tiene ventura o buena suerte. Que implica o trae felicidad. Pero también una persona venturosa se entiende como aquella que es borrascosa, impetuosa.

EL PASTOR / Álex Grijelmo

DICCIONARIO SIN LEVANTARSE

Caganer: Figura tradicional en los belenes catalanes. Representa a un campesino en actitud de hacer sus necesidades. Su presencia en los nacimientos navideños se remonta al menos al siglo XVIII, y se supone relacionada con la idea (equivocada) de que así se fertiliza la tierra.

Media calza: Prenda antigua que cubría el pie y la pierna hasta la rodilla o más arriba.

Zurrón: Bolsa grande de pellejo que regularmente usan los pastores para guardar y llevar su comida u otras cosas.

Aindiado: Que tiene el color y las facciones propias de los indios.

UNA CAMPAÑA DE NAVIDAD / Gustavo Martín Garzo

DICCIONARIO SIN LEVANTARSE

Arritmia: en general, se refiere a la falta de ritmo regular. En términos de medicina, la "arritmia" es una irregularidad y desigualdad en las contracciones del corazón.

Hibernar: procede del término latino "hibernare", del que también surge invierno, aunque en esta derivación se trastoca la ortografía. Su significado se refiere a pasar el invierno, especialmente en estado de hibernación, es decir, durmiendo. El estado de hibernación que experimentan los animales es semejante a la sensación de anestesia mediante drogas o medicamentos que puede sufrir una persona.

DESCRIPCIÓN DE UN BELÉN / Bernardo Atxaga

DICCIONARIO SIN LEVANTARSE

Aureola: Proviene del resplandor en forma de círculo luminoso que solía figurarse detrás de la cabeza de imágenes sagradas. Obtiene también el sentido de gloria que alcanza una persona por su méritos o virtudes.

Capirote: adquiere distintos significados según la época y la usanza. En los siglos XVI y XVII se trataba de un capucho, utilizado como traje de luto. También capirote era la beca que usaban los colegiales militares de Salamanca y el cucurcho de cartón que llevan en la cabeza los disciplinantes en las procesiones de cuaresma. De la relación de esta prenda con la cabeza, se entiende la expresión "tonto de capirote".

Gozne: bisagra metálica o pernio.

EL RELOJ / Benjamín Prado

DICCIONARIO SIN LEVANTARSE

Ademán: actitud corporal con que se manifiesta un afecto del ánimo.

Fatalismo: proviene de "fatos", que es significa "hados". Se trata de una doctrina según la cual todo sucede por ineludible determinación del hado o destino, sin que exista ninguna libertad ni albedrío.

Letanía: se trata de una rogativa, una súplica que se hace a Dios con cierto orden, invocando a la Santísima Trinidad y poniendo por intermedios a Jesús, la Virgen y los santos. Por extensión, letanía se entiende como una lista o retahíla de muchos nombres, locuciones o frases.

Premonitorio: en su origen, una "premonición" es una advertencia moral; de ahí su derivación hacia un presentimiento, un acontecimiento que se anuncia o presagia.

gestion fiscal alcalá, s.l. despacho gestión laboral alcalá, s.l.

calle del tinte, nº1, 1º-d - alcalá de henares (28801)
91.880.67.17 - 91.880.67.74

Primer año del Tercer Milenio

Enero							Febrero							Marzo						
L	M	J	V	S	D		L	M	J	V	S	D		L	M	J	V	S	D	
1	2	3	4	5	6	7	1	2	3	4	5	6	7	1	2	3	4	5	6	7
8	9	10	11	12	13	14	5	6	7	8	9	10	11	12	13	14	15	16	17	18
15	16	17	18	19	20	21	12	13	14	15	16	17	18	19	20	21	22	23	24	25
22	23	24	25	26	27	28	19	20	21	22	23	24	25	26	27	28	29	30	31	
29	30	31					26	27	28					26	27	28	29	30	31	

Abril							Mayo							Junio						
L	M	J	V	S	D		L	M	J	V	S	D		L	M	J	V	S	D	
2	3	4	5	6	7	8	1	2	3	4	5	6	7	1	2	3	4	5	6	7
9	10	11	12	13	14	15	7	8	9	10	11	12	13	4	5	6	7	8	9	10
16	17	18	19	20	21	22	14	15	16	17	18	19	20	11	12	13	14	15	16	17
23	24	25	26	27	28	29	21	22	23	24	25	26	27	18	19	20	21	22	23	24
30							28	29	30	31				25	26	27	28	29	30	

Julio							Agosto							Septiembre						
L	M	J	V	S	D		L	M	J	V	S	D		L	M	J	V	S	D	
2	3	4	5	6	7	8	1	2	3	4	5	6	7	1	2	3	4	5	6	7
9	10	11	12	13	14	15	6	7	8	9	10	11	12	10	11	12	13	14	15	16
16	17	18	19	20	21	22	13	14	15	16	17	18	19	17	18	19	20	21	22	23
23	24	25	26	27	28	29	20	21	22	23	24	25	26	24	25	26	27	28	29	30
30	31						27	28	29	30	31			24	25	26	27	28	29	30

Octubre							Noviembre							Diciembre						
L	M	J	V	S	D		L	M	J	V	S	D		L	M	J	V	S	D	
1	2	3	4	5	6	7	1	2	3	4	5	6	7	1	2	3	4	5	6	7
8	9	10	11	12	13	14	5	6	7	8	9	10	11	3	4	5	6	7	8	9
15	16	17	18	19	20	21	12	13	14	15	16	17	18	10	11	12	13	14	15	16
22	23	24	25	26	27	28	19	20	21	22	23	24	25	17	18	19	20	21	22	23
29	30	31					26	27	28	29	30			24	25	26	27	28	29	30

Asesoramiento y gestión fiscal, contable, laboral, jurídica, administrativa, subvenciones...
Todo lo que su Empresa pueda necesitar

Antonio Cuartero, Agustín Roncero, Mariano Buil, el equipo de **gestión alcalá (fiscal/laboral)** y todos nuestros colaboradores, deseamos un muy Feliz y Próspero Año a todas las Empresas de Alcalá y del Corredor del Henares, y a todos nuestros Clientes y Amigos, agradeciéndoles su confianza, depositada en nuestra labor profesional.

Calendario laboral para el año 2001 (Alcalá de Henares)

Enero
día 1 (lunes) Año Nuevo
día 6 (sábado) Epifanía del Señor

Abril
día 12 (jueves) Jueves Santo
día 13 (viernes) Viernes Santo

Mayo
día 1 (martes) Fiesta del Trabajo
día 2 (miércoles) Día de la Comunidad de Madrid

Agosto
día 6 (lunes) Santos Niños*
día 15 (miércoles) Asunción de la Virgen

Octubre
día 9 (martes) Nacimiento de Cervantes*
día 12 (viernes) Fiesta Nacional de España

Noviembre
día 1 (jueves) Todos los Santos

Diciembre
día 6 (jueves) Día de la Constitución Española
día 8 (sábado) Inmaculada Concepción
día 25 (martes) Natividad del Señor

* Fiestas locales de Alcalá de Henares.

VIVIENDAS DE PROTECCIÓN PÚBLICA *en el ensanche de* ALCALÁ DE HENARES

Una oportunidad para vivir en la mejor
zona residencial de Alcalá, con las mejores
comunicaciones y servicios a su alcance.



Empresa Municipal de la Vivienda de Alcalá de Henares

La EMV es un centro de atención y asesoramiento a vecinos e Instituciones del Municipio en materia de vivienda; que apuesta por una gestión profesionalizada, eficaz y transparente en todas las actuaciones acometidas bajo su responsabilidad. Por todo ello se ha convertido en una Oficina de Información Permanente.

C/ MAYOR, N° 2 • Tel.: 91 882 67 45